2

# LA ORACIÓN SECULAR

II ASAMBLEA MUNDIAL - 1976

LA ORACIÓN SECULAR

EDICEPI

- CEDIS -

Conferencia Española de Institutos Seculares

# LA ORACIÓN SECULAR

CEDIS

Madrid-1996

**Colección:** CONGRESOS MUNDIALES INSTITUTOS SECULARES
**Tomo II: La** Oración Secular
*Primera edición:* Junio 1996
*Diseño de portada:* Antonio Díaz Tortajada
*Composición y fotomecánica:* EDICEP
PRINTED IN SPA1N
1.5. B.N.: 84-7050-440-1 Colección
1.5. B.N.: 84-7050-442-8 Tomo II Depósito Legal: V-2273-1996
© by CEDIS Conferencia Española de Institutos Seculares
© by EDICEP C.B.
Almirante Cadarso, 11
Tfno.: (96) 395 20 45 - 395 72 93
Fax: (96) 395 22 97
46005 - VALENCIA (España)

# PRÓLOGO

*Se ha dialogado sobre la oración. Y el diálogo ha sido posible porque ha estado entretejido de oración. Diálogo de hombres y de mujeres entre sí, dialogando con Dios.* Ora et labora, *ésta había sido la norma, la divisa que un gran santo había confiado a sus seguidores;* contemplata aliis tradere, *dijo después otro gran santo. Oración y acción, oración y vida, oración y trabajo, oración y evangelización; temas densísimos, ricos y enriquecedores para los que participaron en este diálogo, para los que -al menos así lo esperamos- participarán leyendo estas páginas. Oración encarnada; oración sufrida. La lucha de Jacob con el ángel, tomada como símbolo de la oración solitaria, contemplativa es, no hay duda, significativa de aquella lucha con Dios que es la vida del hombre en la tierra en que Dios se deja conquistar por el hombre mientras lo conquista.*

*Son las Actas de una Asamblea: pero llamándolas así pierden su sabor. Son experiencias de vida, a veces humildemente manifestadas; otras, sabiamente ilustradas; a veces, casi expresadas en estereotipos, pero todas verdaderas, todas vividas.*

*Por esto la Conferencia Mundial de Institutos Seculares publica y ofrece no sólo a los miembros de los Institutos Seculares, sino a todos los cristianos y especialmente a los laicos, estas páginas.*

# PALABRAS INTRODUCTORIAS DEL CARDENAL EDUARDO PIRONIO[1]

Queridísimos hermanos y amigos: Quisiera saludaros con las mismas palabras del apóstol Pablo a los Romanos: «Que el Dios de la esperanza os llene en plenitud, en vuestro acto de fe, de alegría y de paz, a fin de que la esperanza abunde en vosotros por la virtud del Espíritu Santo» (Rm 15,13).

Es un sincero augurio, al comenzar vuestro encuentro en el Señor (Me 6,30), las tres actitudes que el mundo contemporáneo -en el cual estáis plenamente insertados por especial vocación- espera de vosotros: una paz honda y serena, una alegría contagiosa, una esperanza inquebrantable y creadora.

Que la oración, que es el tema de vuestra Asamblea, os haga artífices de la paz, comunicadores de alegría y profetas de esperanza. Nos hacen falta a nosotros. Hacen falta a los hombres, nuestros hermanos, a quienes somos enviados por Cristo, en esta hora de la historia, para anunciarles la Buena Noticia de la salvación (Rm 1,16).

## I

Al comenzar los trabajos de esta Asamblea quiero ofreceros unas reflexiones muy simples y sencillas. No es éste un discurso de apertura, sino una sincera comunicación de hermano y amigo. Quiero deciros, con toda sencillez, lo que me parece que tiene que ser vuestra Asamblea.

Ante todo, un acontecimiento eclesial. Es toda la Iglesia la que espera vuestra respuesta. Es toda la Iglesia la que os envía al mundo para transformarlo desde adentro «a modo de fermento» (LG 31). Representáis un modo nuevo de ser la Iglesia en el mundo «Sacramento universal de salvación»: sois laicos consagrados, plenamente incorporados a la historia de los hombres por vuestra profesión y vuestro común estilo de vida, radicalmente entregados a Cristo por los consejos evangélicos como testigos del Reino.

1 El cardenal Eduardo Pironio, Prefecto de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares, presidió la apertura de los trabajos de la II Asamblea de Responsables Generales de Institutos Seculares y dirigió a los participantes las siguientes palabras.

Vuestra existencia y vuestra misión, como laicos consagrados, no tienen sentido sino desde el interior de una Iglesia que se nos presenta como presencia cotidianamente renovada del Cristo de la Pascua, como signo e instrumento de comunión (LG 1), como sacramento universal de salvación. La Iglesia, en definitiva, es esto: «Cristo en medio de vosotros esperanza de la gloria» (Col 1,27). Ser signo y comunicación de Cristo para la salvación integral de todos los hombres: he ahí el sentido de vuestra misión en la Iglesia.

Vivir esta Asamblea como acontecimiento eclesial significa, por eso, dos cosas: gozar profundamente el misterio de la presencia de Cristo en ella y sentir serenamente la responsabilidad de responder a las expectativas de los hombres de hoy. Por lo mismo hace falta estar abiertos a la Palabra de Dios y, al mismo tiempo, atentos a las exigencias de la historia. Nos hace falta vivir con fidelidad y gozo el momento concreto de la Iglesia: en su actualidad de hoy y en su fisonomía específica de Iglesia particular, indisolublemente unida a la Iglesia universal.

Pero esta Asamblea es, al mismo tiempo y por ser acontecimiento de Iglesia, un acontecimiento familiar: es decir, es el encuentro de la familia de los Institutos Seculares, con su diversidad de carismas, pero siempre en la misma identidad de una secularidad consagrada. Se trata de un encuentro profundo y fraterno en Cristo de todos aquellos que han sido particularmente elegidos por el Señor para realizar su total consagración a Dios, mediante los consejos evangélicos, en el mundo, desde el mundo, para la transformación del mundo, ordenando según Dios todos los asuntos temporales.

Porque es un encuentro de familia -agrupados por el Espíritu Santo desde las diferentes partes del mundo- tiene que hacerse en un clima de extraordinaria sencillez, de profunda oración y de sincera fraternidad evangélica.

Clima de sencillez y pobreza: abiertos todos a la Palabra de Dios, como fuertemente necesitados de ella, y abiertos también a la fecunda y variada riqueza de los hermanos, dispuestos todos a compartir con humildad y generosidad los diferentes dones y carismas con que nos enriqueció el Espíritu para la edificación común (1 Co 12, 4-7). Quien se siente seguro de sí mismo y en exclusiva posesión de la verdad completa, no es capaz de abrirse con docilidad a la Palabra de Dios, y por consiguiente es incapaz de un diálogo constructivo de Iglesia. La Palabra

de Dios, como en María Santísima, exige mucha pobreza, mucho silencio, mucha disponibilidad.

Luego es necesario un clima de oración. Más todavía: esto es esencial en vuestro encuentro No os habéis reunido para reflexionar técnicamente sobre la oración, sino para pensar juntos, a la luz de la Palabra de Dios y partiendo de vuestra existencia cotidiana, cómo tiene que ser la oración de un laico consagrado hoy. No se trata, para vosotros, de discutir las diferentes formas de oración, sino de ver cómo en la práctica, viviendo a fondo vuestra profesión y vuestro compromiso temporal, podéis entrar en inmediata y constante comunión con Dios.

Por eso esta Asamblea -que trata de la oración como expresión de la consagración, como fuente de la misión y como clave de la formación- tiene que ser esencialmente una Asamblea de oración. Es decir, que nos hemos reunido particularmente para orar. Y Jesús está en medio de nosotros asegurándonos la eficacia infalible de nuestra oración porque nos hemos reunido en su Nombre (Mt 18,20).

Finalmente, es necesario un clima de fraternidad evangélica: se trata de un encuentro muy hondo de hermanos, congregados en Jesús por el Espíritu, conservando cada cual su identidad específica, siendo particularmente fieles al carisma de su propio Instituto, pero viviendo a fondo la misma experiencia de Iglesia, sintiéndose todos conciudadanos de un mismo Pueblo de Dios (Ef 2,19), miembros de un mismo Cuerpo de Cristo (1 Co 12, 27) y piedras vivas de un mismo Templo del Espíritu (1 P 2, 5; Ef 2, 20-22). La Iglesia es eso: la convocación de todos en Cristo por el Espíritu para la gloria del Padre y la salvación de los hombres.

Esta fraternidad evangélica se expresa maravillosamente en la sencillez y alegría cotidiana. Fueron las características de la comunidad cristiana primitiva: «Partían el pan en sus casas y comían juntos con alegría y sencillez de corazón» (Hch 2,46). Cuando se complican demasiado las cosas y los rostros se vuelven dolorosamente tristes, es porque falta una auténtica y constructiva fraternidad evangélica.

Son las tres condiciones o exigencias para esta Asamblea de laicos consagrados: sencillez de pobres, profundidad de oración, sincera fraternidad en Cristo.

## II

Quisiera ahora señalarles -simplemente señalarles, porque no quiero alargar demasiado esta introducción- tres puntos que me parecen esenciales para esta Asamblea que hoy comienza: la Iglesia, la Secularidad consagrada y la Oración.

Permitidme que lo haga -ya que la Asamblea trata sobre la oración a la luz de la Oración Sacerdotal o apostólica de Jesús: Escuchemos juntos algunos versículos de la hermosísima plegaria del Señor: «Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu hijo para que tu hijo te glorifique a ti... Padre, que sean uno, para que el mundo crea que Tú me has enviado... Yo los envío al mundo, así como Tú me enviaste al mundo... No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del maligno. Ellos no son del mundo, como Yo no soy del mundo. Conságralos en la verdad: tu palabra es verdad... Por ellos me consagro para que también ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17).

A partir de esta oración de Jesús, que ilumina siempre vuestra actitud fundamental de hombres que viven en el mundo y que oran, quisiera subrayar los tres puntos arriba indicados: sentido eclesial, exigencias de la secularidad consagrada, modo de oración.

1. *Sentido eclesial.* Nuestra oración se realiza desde el interior de la Iglesia concebida como comunión fraterna de los hombres con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. «Yo en ellos y Tú en mí, para que sean perfectamente uno»: eso es la Iglesia. Por eso nuestra oración -aunque recemos solos o en pequeños grupos- tiene siempre una dimensión eclesial. Es toda la Iglesia la que ora en nosotros. En definitiva, es el mismo Cristo -misteriosamente presente en la Iglesia el que en nosotros y con nosotros ora al Padre. Por intermedio de su Espíritu, que habita en nosotros (Rm 8, 9 y 11), grita «con gemidos inefables» (Rm 8,26): «Abba» es decir: «Padre» (Rm 8,15).

Este sentido eclesial hace que nuestra oración tenga una dimensión profundamente humana y cósmica, es decir, vuelta hacia los hombres y la historia. Es una oración que ilumina y asume el dolor y la alegría de los hombres para ofrecerlos, desde el interior de la historia, al Padre. Es una oración que tiende a transformar al mundo «salvado en esperanza» (Rm 8,24) y a acelerar la llegada definitiva del Reino (1 Co 15,24-28). Lo pedimos cotidianamente en el Padrenuestro: «Venga a nosotros tu Reino».

¡Sentido eclesial! Es esencial para nuestro ser cristiano. Es esencial para nuestro ser de consagrados. Es esencial para nuestra oración. Cuando uno se siente plenamente Iglesia -es decir, presencia salvadora del Cristo de la Pascua en el mundo- experimenta también la urgencia de orar, tal como lo hizo Jesús y a partir del corazón filial y redentor de Cristo, adorador del Padre y servidor de los hombres.

Esta Asamblea tendrá que reflejar constantemente este sentido eclesial. De un modo palpable tendrá que sentirse aquí la Iglesia: como presencia del Cristo Pascual, como sacramento de unidad, como signo e instrumento universal de salvación. Vivid la Iglesia, expresad la Iglesia, comunicad la Iglesia, para orar con Cristo desde el interior de la Iglesia.

Pero es necesario, para ello, el don del Espíritu Santo, que es en la Iglesia «el principio de unidad en la comunión» (LG 13). El Espíritu Santo está en el comienzo de nuestra oración: grita en nosotros con «gemidos inefables» (Rm 8, 26) y «nadie puede decir: Jesús es el Señor, si no es impulsado por el Espíritu Santo» (1 Co 12,3). Pero es, también, el fruto de nuestra oración, el contenido central de cuanto en la oración pedimos: ¡«Cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará el Espíritu Santo a los que se lo piden!»(Lc 11,13).

Es el Espíritu el que hace la unidad en la Iglesia. Por eso la unidad eclesial, la verdadera comunión de todos en Cristo, es fruto de nuestra oración hecha con autenticidad en el Espíritu. Y esta unidad es urgente hoy en nuestra Iglesia tan dolorosamente sacudida y tensa, como es urgente también en el corazón de la historia de la humanidad que avanza hacia el encuentro definitivo, a través de una serie de contrastes, desencuentros profundos, insensibilidad y odio.

Pero esta Iglesia comunión -«pueblo reunido en virtud de la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo» (san Cipriano; LG 49) es enviada al mundo para ser «sacramento universal de salvación» (AG 1). Es una Iglesia esencialmente misionera y evangelizadora, insertada en el mundo como luz, sal y fermento de Dios, para la salvación de todos los hombres. «La Iglesia -dice el concilio- avanza juntamente con toda la humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios» (GS 40).

Esta exigencia de la Iglesia -esencialmente Iglesia del testimonio y la profecía, de la encamación y la presencia, de la misión y el servicio-

presupone en todos los miembros de la Iglesia una irremplazable profundidad contemplativa. Ante las urgencias de la Iglesia de hoy y ante las expectativas de los hombres de hoy, no cabe más que esta postura simple y esencial: «Señor, enséñanos a orar» (Lc 11,1).

Para eso, precisamente, nos hemos reunido estos días.

2. *Secularidad consagrada.* En esta fundamental relación Iglesia- mundo, en esta inserción misionera de la Iglesia en la historia de la humanidad, se sitúa precisamente, mis queridos amigos, vuestra vocación específica. Porque toda la Iglesia es misionera, pero no de la misma manera; toda la Iglesia es profética, pero no en el mismo nivel; toda la Iglesia se encama en el mundo, pero no del mismo modo. El vuestro es un modo irremplazable, original y único, vivido con generosidad y gozo como don especial del Espíritu.

Se trata, en efecto, de vuestra secularidad consagrada. Sois plenamente consagrados, radicalmente entregados al «seguimiento de Cristo» por los consejos evangélicos, pero seguís siendo plenamente laicos, viviendo en Cristo vuestra profesión, vuestro compromiso temporal, vuestras «obligaciones del mundo en las circunstancias ordinarias de la vida» (AA 4).

La consagración a Dios no os quita del mundo: os incorpora a él de un modo nuevo. Se ha dado interiormente plenitud a vuestra consagración bautismal, pero seguís viviendo en el mundo, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Os pertenece plenamente por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales (LG 31). En vosotros adquiere un sentido especial la oración de Jesús: «No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del maligno... Yo me consagro (= me inmolo y sacrifico) por ellos, a fin de que ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17).

Es un modo nuevo de presencia de la Iglesia en el mundo. Nadie en la Iglesia (ni siquiera el contemplativo) deja de estar presente en el mundo y es ajeno a la historia. Nadie, tampoco, si ha sido «ungido por el consagrado» en el bautismo (1 Jn 2, 20), deja de estar radicalmente entregado al Evangelio como testigo en el mundo de la Pascua de Jesús. Pero vuestra especial consagración a Dios por los consejos evangélicos os compromete a ser en el mundo testigos del Reino y os incorpora al misterio pascual de Jesús -su muerte y su resurrección- de un modo más

hondo y radical, sin sacaros por eso de las responsabilidades normales de vuestra actividad familiar, social y política, que constituyen el ámbito propio de vuestra vocación y vuestra misión.

Son estos, queridos amigos, los dos aspectos de vuestra riquísima, maravillosa y providencial vocación en la Iglesia: la secularidad y la consagración.

Hace falta vivirlos con igual intensidad y plenitud, inseparablemente unidos, como dos elementos esenciales de una única realidad: la secularidad consagrada. El único modo, para vosotros, de vivir vuestra consagración es entregándoos a la radicalidad del Evangelio desde el interior del mundo, a partir del mundo, siendo indisolublemente fieles a vuestras tareas temporales y a las exigencias interiores del Espíritu como testigos privilegiados del Reino (cfr. GS 43). Y el único modo de realizar en plenitud ahora vuestra vocación secular -porque el Señor ha entrado misteriosamente en vuestra vida y os ha llamado de un modo especial a su seguimiento radical- es vivir con alegría cotidianamente renovada vuestra fidelidad a Dios en la fecundidad de la contemplación, en la serenidad de la cruz, en la práctica generosa de los consejos evangélicos.

Hace falta transformar el mundo, santificarlo desde adentro, viviendo a fondo el espíritu de las bienaventuranzas evangélicas y preparando así «los cielos nuevos y la tierra nueva donde habitará la justicia» (2 P 3, 13).

La secularidad consagrada expresa y realiza, de un modo privilegiado, la armoniosa conjunción de la edificación del Reino de Dios y de la construcción de la ciudad temporal, el anuncio explícito de Jesús en la evangelización y las exigencias cristianas de la promoción humana integral.

Vivid la alegría de esta consagración secular, que en el mundo de hoy es más actual que nunca. Hacen falta los valientes testigos del Reino. Sed fieles a las exigencias del Evangelio y preparad desde adentro un mundo nuevo. Vivid con responsabilidad y fortaleza el riesgo de vuestra secularidad comprometida en una especial consagración a Cristo por el Espíritu. Sed fieles a vuestra hora, a vuestra profesión, a vuestro compromiso temporal, a las expectativas de los hombres de Dios, al hambre de Jesús y de su Reino.

Vivid vuestra consagración desde la secularidad plenamente realizada -con el corazón abierto al Reino, al Evangelio, a Jesús- y comprometeos a transformar el mundo desde el gozo de vuestra consagración y con el

espíritu de las bienaventuranzas generosamente asumidas y expresadas. Sed fuertemente contemplativos para percibir el paso del Señor en las actuales circunstancias de la historia, a fin de colaborar en el plan de salvación de Dios que quiso «recapitular todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la tierra» (Ef 1,10).

*3. Modo de oración.* Esto nos introduce en el último punto de nuestra sencilla reflexión: la oración. Esta Asamblea vuestra está dedicada no solamente a pensar sobre la oración, sino y sobre todo a celebrarla. En el corazón inquieto de cada uno de nosotros existe un deseo ardiente y simple: «Señor, enséñanos a orar» (Le 11, 1). Es el grito esperanzado de los pobres que buscan en Jesús al maestro de la oración. Es en El donde también nosotros aprenderemos a orar, como hombres concretos de un tiempo nuevo. «Señor, en este momento atormentado de la historia, en este período difícil de la Iglesia, yo que vivo en el mundo, como consagrado radicalmente al Evangelio, para transformar el mundo según tu designio, Señor, yo que sufro y espero con la angustia y la esperanza de los hombres de hoy ¿cómo tengo que orar? ¿Cómo tengo que orar para no perder profundidad contemplativa, ni la permanente capacidad de servir a mis hermanos? ¿Cómo tengo que orar sin evadirme del problema de los hombres ni abandonar las exigencias de mi vida cotidiana, pero sin perder tampoco de vista que Tú eres el único Dios, que una sola cosa es necesaria (Le 10, 42) y que es urgente buscar primero el Reino de Dios y su justicia (Mt 6,33)? ¿Cómo tengo que orar en el mundo y desde el mundo? ¿Cómo puedo encontrar un momento de silencio y un espacio de desierto -para escucharte exclusivamente a Ti y entregarme gozosamente a tu Palabra- en medio de una ciudad tan aturdida por las palabras de los hombres y tan llena de actividades y problemas que me urgen? «Señor, enséñanos a orar».

Este es, mis queridos amigos, vuestro deseo. Ésta es vuestra dolorosa preocupación y vuestra serena esperanza. En esta Asamblea -celebración comunitaria de la oración- el Señor os enseñará a orar. Sobre todo os dirá que no es difícil; mucho menos, imposible. Porque Él nos manda orar siempre y sin desanimamos (Le 18,1). Y Dios no manda cosas imposibles (San Agustín, *De Natura et grada* 43,50).

No quiero entrar detalladamente en el tema de vuestra Asamblea. Solamente permitidme, como hermano y amigo, que os indique tres pistas para vuestros trabajos.

Ante todo, la persona misma de Cristo. Hace falta buscar en el Evangelio la figura del Cristo orante: en el desierto, en el monte, en el cenáculo, en la agonía del huerto, en la cruz. ¿Cuándo, cómo y porqué oró Cristo? Solamente quisiera recordaros que la oración de Jesús -tan hondamente filial y redentora iba siempre mezclada de una fuerte experiencia del Padre en la soledad, de una conciencia muy clara de que todos lo buscaban y de una incansable actividad misionera como profeta de la buena nueva del Reino a los humildes y como médico espiritual para la curación integral de los enfermos. San Lucas lo resume así en un texto que merecería ser detenidamente analizado: «Su fama se extendía cada vez más y acudían grandes multitudes para escucharlo y hacerse curar sus enfermedades. Pero Él se retiraba a lugares solitarios para orar» (Le 5,15-16).

En segundo lugar, quisiera recordaros que el principio de vuestra oración es siempre el Espíritu Santo, pero que el modo específico -el único para vosotros- es orar desde vuestra secularidad consagrada. Lo cual os obliga a buscar, muy particularmente, la unidad entre contemplación y acción, y a evitar «el divorcio entre la fe y la vida diaria», que «debe ser considerado como uno de los más graves errores de nuestra época» (GS 43).

No sólo vuestra oración debe preceder y hacer fecunda vuestra tarea, sino que debe penetrarla integralmente y darle particular sentido de ofrenda y redención. No sólo vuestra profesión no puede impedir o suspender vuestra oración, sino que debe servir de fuente de inspiración, de vida y de realismo contemplativo. Esto, ciertamente, no es fácil; vosotros buscaréis los caminos; yo os indico simplemente dos: sed verdaderamente pobres y pedidlo intensamente al Espíritu Santo y a Nuestra Señora del silencio y la contemplación.

Finalmente, quisiera marcar tres condiciones evangélicas necesarias para todo tipo de oración: la pobreza, la autenticidad del silencio y la verdadera caridad.

La pobreza: tener conciencia de nuestros límites, de nuestra incapacidad de orar como conviene (Rm 8, 26), de la necesidad del diálogo con los otros, sobre todo de nuestra hambre profunda de Dios. Sólo a los pobres se les revelan los secretos del Reino de Dios (Le 10, 21). Los pobres tienen un modo de orar muy simple y sereno, infaliblemente eficaz: «Señor, si quieres, puedes curarme... Lo quiero. Quedas curado» (Mt 8,2-3).

El silencio: no es fácil hacerlo en el mundo, pero no es más fácil hacerlo en el convento. Todo depende de un interior pacificado y centrado en Dios. Lo que se opone al verdadero silencio no es el mido exterior, la actividad o la palabra; lo que se opone es el propio yo constituido como centro. Por eso, la primera condición para orar bien es olvidarse. A veces ora mejor un laico comprometido que un monje exclusivamente centrado en su problema. Por eso hablamos de la «autenticidad del silencio». Es, al menos en parte, el sentido de las palabras de Jesús: «Cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará» (Mt 6,6). Lo esencial no es entrar en la habitación; lo verdaderamente importante es que el Padre está allí y nos espera.

La verdadera caridad: me parece que es éste el secreto de una oración fecunda. Hay que entrar en la oración con corazón de «hermano universal». Nadie puede abrir el corazón a Dios sin una elemental apertura a los hermanos. El término o fruto de una oración verdadera será luego una apertura más honda y gozosa a los demás. No se puede experimentar la presencia de Jesús en los hombres si no hay una fuerte y honda experiencia de Dios en la soledad fecunda del desierto. Pero este encuentro con el Señor, en la intimidad privilegiada de la contemplación, tiene que llevamos al descubrimiento continuo de su presencia en los necesitados (cfr. Mt 25).

Lo que quiero decir es lo siguiente: que para orar bien hace falta vivir elementalmente en la caridad, pero que si se ora bien -entrando con sinceridad en comunión con el Padre por el Hijo en el Espíritu Santo- se sale de la oración con incansable capacidad de donación y de servicio a los hermanos. La caridad auténtica como inmolación a Dios y entrega a los hermanos está así en el comienzo, en el medio y en el término de una oración verdadera.

La oración de un laico consagrado -para que sea verdaderamente expresión de su gozosa entrega a Jesucristo, fuente fecunda de su misión y clave esencial de su formación- tiene que ser hecha «en el Nombre de Jesús» (Jn 16, 23-27), es decir, bajo la acción infaliblemente eficaz del Espíritu Santo. Es el Espíritu de la Verdad el que nos introduce en la verdad completa (Jn 16,13) y nos ayuda a dar simultáneamente testimonio de Cristo (Jn 15,26-27) en la realidad concreta y cotidiana de nuestra vida. Por una parte nos ayuda a entrar en Cristo más hondamente y a gustar su Palabra; por otra nos descubre su paso en la

historia y nos hace escuchar con responsabilidad las interpelaciones y expectativas de los hombres.

En otras palabras: el Espíritu de Verdad habita en nosotros (Jn 14, 17) y nos hace comprender adentro, en la unidad profunda de la vida consagrada en el mundo, que «Dios amó tanto al mundo que le dio a su hijo único... Porque Dios no envió a su hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,16-17).

La consagración secular es un testimonio de este amor íntimo y universal del Padre. La vida de un laico consagrado se convierte así, por la acción ininterrumpidamente recreadora de la oración, en una sencilla manifestación y comunicación de la incansable bondad del Padre. Porque el Espíritu Santo lo hace una nueva presencia de Cristo: «Vosotros sois una carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón» (2 Co 3,3).

Que María Santísima, modelo y maestra de oración, os acompañe e ilumine en estos días; que os introduzca en su corazón contemplativo (Le 2,19) y os enseñe a ser pobres. Que os prepare a la acción profunda del Espíritu y os haga fíeles a la Palabra. Que os repita adentro estas dos sencillas frases del Evangelio, una de Ella y otra de su hijo: «Haced todo lo que Él os diga» (Jn 2,5); «Felices, más bien, los que reciben la Palabra de Dios y la realizan» (Lc 11,27).

# LA ORACIÓN COMO EXPRESIÓN DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR

# «LA ORACIÓN COMO EXPRESIÓN DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR, MANANTIAL DE LA MISIÓN Y CLAVE DE LA FORMACIÓN»[2]

El hecho de que nosotros, entre nosotros, hablemos de la oración, no significa que pretendamos llegar a grandes novedades especulativas; más bien, queremos buscar, juntos, lo que la tradición eclesial, nuestra propia experiencia, la reflexión sobre la una y la otra, nos pueden ofrecer en vista de la realización de lo que el tema propone. En esa perspectiva, la relación introductoria tiene por objeto ofrecer unas pautas de orientación y reflexión presentando la perspectiva teológica, si así se puede decir, en la que se pueda desarrollar nuestra búsqueda común. Lo haré de acuerdo a la triple estructura del tema, que ya de por sí parece exaltar la importancia de la oración vista en su relación profunda con la vida.

## 1. La oración como expresión de la consagración secular

Está claro, pues, que no queremos hacer una reflexión genérica sobre la oración: lo que queremos es reflexionar sobre la oración de quien vive su consagración a Dios a partir de las realidades temporales, en el esfuerzo de hacerlas crecer y ordenarlas según Dios. Esta exigencia de estar concreta y estrictamente ligados al fin que nos proponemos, no puede prescindir de la necesidad de tener bien presente en nuestra atención el concepto de consagración secular, como punto de partida de nuestra reflexión.

La consagración de que estamos hablando, en cuanto consagrados seculares, es la actuación radical -así la entendemos normalmente- de la consagración bautismal. Dicho en otras palabras, ella es, al mismo tiempo, el don de Dios y el compromiso nuestro de responder a la vocación con que Dios nos llama a recuperar, en Cristo, Verbo Encamado, a través de su muerte y resurrección, o sea a través del germen puesto en nosotros por el bautismo, con sus leyes de muerte y vida (Rm 6, 3-11),

2 Relación introductiva al tema general de la Asamblea, preparada por el profesor Giuseppe Lazzati.

la «imagen y semejanza» (Gn 1, 26) según la cual, en el Verbo, fuimos creados (Jn 1, 14); y recuperarla no en una medida cualquiera, sino en la medida de una configuración con Cristo que reproduzca sus rasgos característicos. Ellos son los de una humanidad que, subsistiendo en la persona divina del Verbo y llegando a ser forma expresiva de Él, en la comunión nunca interrumpida con el Padre, en la castidad, en la obediencia por las que esa persona resplandece en el amor, tenga el signo inconfundible de su propia realidad humano-divina, o sea de su propia singularidad, que se puede imitar, pero no repetir.

Si tal es el sentido de nuestra consagración, que por lo tanto se manifiesta en una singular configuración con Cristo (seguir a Cristo de cerca), es evidente que en ella se exalta, en su grado máximo, aquella estructura de diálogo de la vida que constituye la nota esencial de la criatura. Decir estructura de diálogo de la vida, quiere decir, evidentemente, que la vida hay que entenderla, en su esencia, como diálogo de amor entre Dios que llama y la criatura que responde.

Ahora bien, esa estructura alcanza el mayor grado de exaltación con el injerto bautismal de la criatura en Cristo, pues en Él y por Él se reproduce ya en el cristiano, y aun más en el consagrado que viva consciente y coherentemente su consagración, un ***estado de comunión*** con el Padre. Es el mismo estado que en Cristo hace de la oración, de la acción, de la pasión, momentos distintos pero continuos de la única vida que, como diálogo de amor, une el Padre al Hijo, en el Espíritu Santo. En esto está, justamente, el misterio de Cristo: Él, aun permaneciendo en el seno del Padre, alcanza las fronteras de la humanidad. Como persona en la que subsiste la humanidad del que se hizo hombre en el seno de la Virgen María. Así que mientras la Persona divina del Verbo permanece y actúa entre los hombres, la humanidad de Jesús que en Ella subsiste es, por la unión que hace unidad entre la una y la otra, en estado de comunión continua con el Padre, en el vínculo de amor de aquel espíritu que la guía en cada paso y anima toda palabra y acción suyas.

Penetrar a la luz de la fe y en docilidad al Espíritu Santo el sentido de ese misterio es condición para llegar a captar el sentido verdadero y el valor de la oración en la luz de ese ***estado de comunión*** con el Padre, en el Hijo, por obra del Espíritu Santo, que en nosotros inaugura el bautismo y que la consagración exalta. En esa luz, pues, la oración aparece ya no como ley impuesta del exterior, sino como necesidad comunicativa imprescindible de vida: respiro, latido del corazón de una vida que es

esencialmente comunión con la Trinidad de donde trae su origen y a la cual está destinada a volver como término en el que alcanza su propia plenitud. Y más: en esa luz, la oración, en sus varios y típicos momentos de adoración y alabanza, expiación y demanda (momentos muy apropiados, no hay necesidad de subrayarlo, a la situación de la criatura y de la criatura redimida en el Hijo y santificada por el Espíritu Santo), se hace nudo decisivo de reducción a unidad de los distintos y diversos momentos del diario vivir. Es en esa unidad, así como fue para Cristo, que se concreta la comunión de vida con la Trinidad. Por ella, sin perder el sentido de la distinción, se supera el irreparable y recíproco daño que la separación entre la oración y las obras del trabajo cotidiano hace a nuestro vivir y operar.

Para que la oración llegue a ser típico y significativo momento del estado de comunión con la Trinidad en que vive el consagrado secular, es necesario, para él, captar el sentido profundo de su específica vocación. Ese sentido consiste en la unidad que se realiza entre consagración y secularidad. Hasta que eso no sucede es, por así decir, fatal que orar y obrar se queden no solamente distintos, como es justo, sino separados. Y esto lleva consigo las dificultades que puedan nacer, y a veces de hecho nacen, ya sea en el plan de la fecundidad de la vocación, ya sea, a veces, en el de la vocación misma.

Sabiendo que está claro, en esta sede tan calificada, el sentido pleno de la consagración secular no es difícil percibir como, por eso mismo, para alimentar los distintos momentos de la oración, concurran en ella: la elevación del alma a Dios y la atención del alma a las realidades temporales, en qué y sobre las cuales opera el consagrado secular. Esa atención a las realidades temporales, en sus aspectos positivos y negativos, hace posible, fuera de todo proceso de sacralización o de separación derivada de un inaceptable secularismo, que esas mismas realidades temporales, en una perspectiva de creación y redención (Rm 8, 19-23), sean vistas en Dios y, al mismo tiempo, Dios sea percibido en las realidades temporales. De más está decir que el término «realidades temporales» comprende toda la creación: personas, relaciones, cosas, y las comprende en su dinámica histórica, eso es en el proceso de desarrollo y transformación que la potencia creadora imprimió en ellas. El hombre, de su parte y según el mandato divino, actúa de colaborador.

Por lo tanto, cuando el sentido auténtico de mi consagración secular se haya hecho vida de mi vida, sangre de mi sangre, conciencia vivificadora

de mi ser y actuar, la conciencia de mi estado de comunión con el Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo, que vive en mi estar en el mundo por el mundo ¿dónde podrá encontrar un momento expresivo más alto y profundo, más pacificador y estimulante que en la oración? Yo diría que el libro de los Salmos nace de esa conciencia: así también, y en forma inimitable, las oraciones de Jesús que aparecen en los Evangelios, hasta su última oración que en Juan hace de prólogo a la gran oración, ya no hablada, sino consumida, en holocausto de obediencia, en la pasión, hasta la muerte en cruz.

Entonces la mirada se dirige al inefable misterio del Dios Uno y Trino y se hace alabanza murmurada con palabras -de alguna manera sugeridas por el Espíritu Santo, ya sea que se tomen prestadas, ya sea que se saquen de corazón- o expresada por un silencio más elocuente que cualquier palabra ***(¡Tibi silentium laus!).*** Y esa mirada, fácilmente, casi instintivamente, de la contemplación de su invisible presencia, más allá de toda realidad visible, ¿no pasará a la búsqueda y contemplación de esa presencia suya, diversa pero real, que los ojos de la fe me hacen percibir en las personas, en las realidades que forman el tejido de mi vivir cotidiano?

De esa manera, el sentido de mi limitación o de mi no aceptación respecto a las solicitaciones del amor de Dios que me llama de mil maneras (y, por lo tanto, la necesidad de expiación y de perdón), se alimentarán en forma más concreta si el examen de mi estado de comunión en Cristo con Dios se hiciera no en forma superficial, sino al interior de la realidad de mi «terrible cotidiano» en que estoy llamado a vivirlo. Y el rezo del Padrenuestro, es decir mi súplica, ya sea que se exprese con las palabras del maestro o con mis propias palabras, se hará más pleno y verdadero si se hiciera cargo de las necesidades, amplias y profundas, que cada día más se manifiestan en orden a la ayuda que necesitamos en forma absoluta para la búsqueda del reino de Dios, tratando las realidades temporales para ordenarlas según Dios.

De esa forma la oración se hace momento típico en que se alimenta y expresa ese estado de comunión con Dios en Cristo, que repite, en el modo imperfecto de la criatura, la presencia contemporánea al Padre y al mundo, que se manifiesta en el Verbo encarnado y califica -o debería de calificar- la consagración secular.

Podríamos preguntamos -y podría ser un momento fecundo de trabajo para nuestros grupos de estudio- si y en qué medida nos ha llevado o nos

lleva a esto el habitual discurso sobre la oración que vamos escuchando en nuestras Iglesias locales (diócesis y parroquias); si en esto nos ayuda, y cuánto (y en caso negativo, por qué no nos ayuda) la liturgia que en los distintos momentos se celebra en las mismas iglesias; si y en qué medida nuestras experiencias nos pueden ayudar para alcanzar tan importante meta y, una vez que la hayamos alcanzado, si y en qué medida nos pueden ayudar para crecer en esa capacidad de oración.

Por este camino, nuestro humilde esfuerzo podría llegar a ser servicio útil para ayudar a todos los laicos a que eviten la separación entre oración y vida, vista en su contexto cotidiano. Y también podría servir para ayudarlos, en la paciencia de la fidelidad, a que lleven la vida en la oración, y la oración (y su espíritu) en la vida, así que ésta pueda ser, tal como lo pidió el Concilio, en humildad y caridad, «testimonio de la resurrección de Cristo Jesús y signo del Dios vivo» (LG 38).

## 2. Manantial de la misión

En Cristo, por lo tanto, podremos recuperar esa dimensión de nuestra configuración al Verbo hecho carne, así que podamos reproducir en nosotros sus rasgos característicos para que sea verdadero signo visible de nuestra consagración. Si nuestra mirada no se cansara de mirar así al Cristo, aparecerá con mayor claridad cómo la comunión entre el Padre y el Hijo, en el Espíritu Santo, su amor substancial, es la explicación profunda de su vida. Esa comunión encuentra en la oración el momento de su expresión íntima más fuerte por la intensidad de la conciencia y el gozo de un diálogo inefable: «pasó toda la noche en oración con Dios» (Lc 6, 12) Pero también hace, de la oración, un momento de mayor conciencia y fuente que alimenta la misión que el Padre confía al Hijo y que el Hijo recibe del Padre en la comunión de amor que no cesa de unirlos, aun cuando el Hijo hecho hombre, en Nazaret, por los caminos de Palestina o sobre el calvario, vive sus días intensos de trabajo, de predicación, de pasión. La ofrenda inicial de Jesús a la voluntad redentora del Padre, esa ofrenda expresada en el diálogo lleno de emoción: «¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros? Heme, envíame a mí» (Is 6, 8), esta ofrenda que continúa a lo largo de su experiencia humana de comunicación con el Padre en las noches de oración, se diría que lleva a profundizar siempre más, y realizar, el sentido de la misión confiada al Verbo y que es el motivo de su encamación: llevar a los hombres, según el plan establecido antes de la creación del mundo, para

que sean santos, haciendo de ellos, por amor, hijos adoptivos en Jesucristo y reunir el universo entero bajo una sola cabeza (cfr. Ef 1,4-10).

Como en Cristo, ¡así nosotros! También nosotros, fulgurados por el amor de Aquel que nos llamaba a seguirlo más de cerca en su experiencia de «hijo del carpintero», de trabajador y de habitante de Nazaret, hemos contestado: «Aquí me tienes: mándame a mí». Esta fulgurante misión aceptada con entusiasmo, permanecerá viva, e incluso se profundizará, en el corazón del consagrado secular, en la medida en que sabrá encontrar, en la oración, conciencia de ser y fuerza para ser en el Verbo y con el Verbo hecho hombre, continuador de su experiencia de Nazaret para la redención del mundo, de su experiencia de trabajo y de participación a la vida de la ciudad, en vista de su ordenado crecimiento. Es cierto que los textos de los Evangelios no nos dan ningún detalle de esas experiencias de Jesús durante los treinta años de su vida: creo que ese silencio no es sin razón. Nos evita, pues, el peligro de una imitación mecánica de actitudes que, por su naturaleza, exigen ser adaptadas, en plena fidelidad a la opción e intención fundamentales, a las situaciones históricas sucesivas. Pues, de hecho, no se trata de deducir de la que se puede suponer haya sido la experiencia de Jesús en Nazaret, las normas de conducta concreta para una actitud de vida que pueda valer hoy día en relación a las realidades temporales. Se trata más bien de ir buscando, día tras día, la fidelidad a la oración, vista como momento característico de la comunión con Dios en Cristo, se trata de ir buscando el sentido de la misión a la que estamos llamados según nuestra vocación, y la fuerza de mantener esta vocación en esa dirección a pesar de las dificultades de todo tipo.

También para nosotros la misión que el Padre nos confía en Cristo es la de «reunir el universo entero bajo una sola cabeza, Cristo»: misión que debemos de entender no en el sentido de una ilegítima «sacralización», sino, como dice el Concilio, tenemos que «buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales para organizarías según Dios» (LG 31). En la unidad de la misión que se nos confía hay dos momentos que el texto subraya: en primer lugar nuestra santificación expresada por las palabras «buscar el Reino de Dios», Reino que debe empezar por instaurarse en nosotros y en todos los hombres, y que es verdad, justicia, gracia, santidad, amor, paz; después, la actividad en y sobre el mundo, para organizar sus realidades según Dios, para que sea más fácil para el hombre responder a las invitaciones de Dios. Ahora bien, la experiencia de cada uno de nosotros es suficiente para mostrar cómo y hasta qué

punto puede entrar la tentación, engañadora y fuerte, de separar el esfuerzo de santificación y nuestro trabajo habitual en las realidades temporales, o la de olvidar que nuestra misión no consiste simplemente en tratar las realidades temporales, sino en tratarlas para organizarías según Dios. El sentido verdadero y pleno de la misión no podemos encontrarlo más que en la oración, una oración que se hace punto de encuentro, significativo y expresivo, de nuestra consagración y de nuestra misión, es decir de nuestra consagración secular: así, aun en los momentos más difíciles, más duros de nuestro compromiso secular, el sentido de nuestra comunión con el Padre, en Cristo, será vivo en nosotros, junto con el sentimiento de la misión que encuentra su origen en esa comunión y alimenta en ella su fidelidad.

Y ¿cómo no recordar, a nosotros mismos, cuánta capacidad penetrante de discernimiento, cuánta sabiduría (en el sentido bíblico) nuestra misión necesita para ser y permanecer lo que Dios quiere? Es muy natural, a este propósito, pensar en la oración que el libro de la Sabiduría pone en la boca de Salomón, que siente la responsabilidad de gobernar, es decir de actuar con justicia, de hacer lo que el Concilio llama «tratar las realidades temporales organizándolas según Dios»: «Dios de nuestros padres, Señor de misericordia, que por tu palabra lo hiciste todo... Tú que por tu sabiduría, formaste al hombre para que dominara las criaturas salidas de tus manos, para que gobernara al mundo con santidad y justicia... dame la sabiduría que comparte tu trono... En efecto, al más perfecto de entre los hombres si le falta la sabiduría que viene de Ti no merece ninguna consideración... Contigo está la sabiduría que conoce tus obras y que estaba presente cuando creabas el mundo; ella sabe lo que te agrada, y lo que es conforme a tus pensamientos. Envíala desde los santos cielos... para que trabaje conmigo, y yo sepa lo que agrada... Entonces mis obras te agradarán...» (Sb 9, 1-12).

Es en la oración donde se alcanza la sabiduría. Por la oración se obtiene ese don que da sentido a nuestra misión, para que no se reduzca a un simple esfuerzo humano en vista de la construcción de una ciudad organizada más según el capricho del hombre que según Dios. Para que se evite eso, no solamente necesitamos de la sabiduría para que «trabaje con nosotros», sino que nuestro esfuerzo diario necesita del sostén de virtudes fuertes: humildad, fortaleza, paciencia; una paciencia que pueda resistir sin cansarse, una paciencia que no acepte, para evitar la cruz, cambiar los métodos del Evangelio por los del mundo. El alimento de estas virtudes sólo puede venir de la oración: una oración en que

nuestra misión encuentre, cada día, su verdadero sentido y por la que obtenga infaliblemente la ayuda que necesita para ser fiel.

Una actividad sin esta perspectiva sería fatalmente destinada a rebajarse al nivel de puro naturalismo, de secularismo: habría perdido el sentido de la misión. Y es lo que sucede fatalmente si la misión: aquella comunión con el Padre, en Cristo, por obra del Espíritu Santo, que tiene su momento vital en la oración.

## 3. Clave de la formación

Cuanto más reflexionamos sobre nuestra vocación más aparece el papel que los Institutos Seculares están llamados a cumplir en la Iglesia y en el mundo. Pero estamos también todos persuadidos que el secreto de la fecundidad de los Institutos Seculares (en relación a la capacidad de hacer crecer fuertes personalidades de consagrados seculares y, por ende, en relación a la presencia fermentadora de los distintos Institutos en el contexto del mundo y de la Iglesia en que están llamados a vivir y actuar) está en la formación de sus miembros. No es por casualidad que en los documentos de la Iglesia relativos a los Institutos Seculares, y en los Institutos mismos, se de tanta importancia a la formación y tanta atención a los problemas que plantea.

También está muy presente en nuestra responsabilidad el hecho de que existen distintos planos en el desarrollo del proceso de formación de los consagrados seculares. Pero me parece que puede decirse que el punto del proceso en el cual se encuentran los distintos planos y que, a su manera, viene a ser resolutivo de todo el proceso, es la formación a la oración, a una capacidad de orar en la que el carisma de la vocación específica encuentre el momento más alto y más fuerte de su expresión y la fuente continua de su actuación.

Con eso se quiere decir que la formación, aun en los Institutos Seculares tiene que ser (no exclusivamente, pero sí primariamente) formación a la oración. Y eso no de una manera genérica, sino específica, en relación a la oración, así como la hemos descrito, aunque sea de modo sumario, en el primer punto: una oración que renueve continuamente en la conciencia del consagrado secular el sentido, que es seguridad, de permanecer, en Cristo y con Cristo, en el circuito de vida de la Trinidad y alcanza, al mismo tiempo, las últimas fronteras en donde se trabaja por el reino de Dios, es decir todas las situaciones del mundo, aun las más

lejanas de Él, que están esperando «ser liberadas de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (Rm 8, 21).

Con esa afirmación no podemos olvidar como, en general, en nuestras Iglesias locales sea insuficiente el esfuerzo de formación de los cristianos a la oración. La consecuencia de eso es que los que reciben nuestra invitación y responden positivamente llegan a nosotros, generalmente hablando, sin un auténtico conocimiento y experiencia de la oración. Si es que no llegan con deformaciones de experiencias que muy poco tienen que ver con la auténtica oración. Diciendo esto no me refiero tanto a las experiencias de oración de grupos carismáticos: aunque sea con atención crítica, creo que hay que considerarlas como momento de reacción a un tipo de oración demasiado mecánico, hecho de fórmulas repetidas sin auténtica participación de espíritu. Me refiero sin embargo a formas que llamaré devocionales, ligadas a aspectos más bien marginales de la piedad cristiana, en vez de los momentos centrales del misterio cristiano, las grandes verdades generadoras de auténtica piedad. Eso acrece nuestro compromiso que podría concretarse en líneas que me permito sugerir como motivos de útil discusión y profundización.

**1.** - Cada Instituto tendría que sentir la responsabilidad de dar vida a una forma de oración capaz de expresar el sentido de la consagración y de la secularidad. Eso no podrá darse sino a través de un continuo ejercicio de reflexión, por un lado, sobre lo que ofrecen, en relación a la oración, los dos mil años de vida de la Iglesia. Ellos son muy ricos de ciencia (en el sentido de don del Espíritu) de la oración y de experiencia de oración: de los tratados sobre la oración de los Padres o a las fundamentales páginas de Teresa de Ávila o a las de Charles de Foucauld o de Madeleine Delbrel. Esa reflexión muchas veces es muy reducida, limitándose a una apresurada lectura de cosas recientes, aunque válidas, mas que no pueden bastar, generalmente, para que vayamos recuperando unos valores a menudo olvidados, pero preciosos.

Por otro lado, el ejercicio de reflexión deberá acompañarse por un ejercicio de práctica actuación de formas de oración provenientes de nosotros y entre nosotros, como momento típicamente expresivo de nuestro carisma: ejercicio que nace de la escucha de la Palabra de Dios y de la reacción espontánea que el impacto de esa Palabra con nuestra situación de vida suscita, expresándose en auténticas formas de

adoración y alabanza, de expiación y demanda, en altísimo silencio o en canto, antiguo y nuevo.

Ese responsable compromiso creativo en el campo de la oración tendría que tomar en cuenta las necesidades de conjugar oraciones personales y oración comunitaria, especialmente la liturgia, así que no suceda que no nos sintamos bien cuando oramos en comunidades más amplias que no sean las de nuestros Institutos (p.e. las asambleas litúrgicas parroquiales, diocesanas) y, por otro lado, no suceda que la oración personal tienda al individualismo, perdiendo así el sentido del «nosotros» ***(¡Padre nuestro!)*** que es el sentido de la Iglesia y de la humanidad entera que oran a través de nosotros.

**2.**- En nuestros Institutos, el que atiende a la formación de los aspirantes, debería ser «***hombre de oración***» no en el sentido que no tiene que ser «***hombre de*** acción», sino en el sentido que debe ser una persona que encama en sí, gracias a su preparación y experiencia, la manera de orar del Instituto y por eso mismo sabe comunicarla, ofreciendo un ejemplo concreto de cómo se ora, aun antes de expresarlo a través de las instrucciones dedicadas al tema de la oración. Creo está de más decir que cuando hablo de «***ejemplo concreto de cómo se ora***» me estoy refiriendo al tiempo y al modo. De hecho no se podrá llegar al modo deseado sin una fidelidad plena al tiempo necesario para que ese modo nazca y se alimente y crezca. Así llegará a ser expresión de nuestra consagración secular y fuente de nuestra misión.

**3.**- Un compromiso de oración así cultivado hará que se realice un hecho, según mi parecer, de fundamental importancia: quien se ponga en contacto con el Instituto, no debe de engañarse sobre su naturaleza y debe poder reconocer uno de los signos más significativos de auténtica vocación a una consagración secular. Ese signo debería de ser, a mi modo de ver, una práctica de oración vivida en la que se puedan reconocer los rasgos característicos del Instituto. Estos rasgos creo se puedan resumir de la siguiente manera:

a) el sentido de la consagración secular;

b) el espíritu de comunión que se vive en el Instituto y su alma vital;

c) el sentido de la misión que el Instituto vive como propia;

d) la fidelidad a la oración como fundamento de la solidez y fecundidad del Instituto.

Creo que cuando el que se acerca a un Instituto encuentra una práctica de oración que aparezca verdadera y felizmente como síntesis realizada de su ser, de su finalidad, de su manera de actuar, entonces encontrará en ello el término de confrontación para un seguro examen de su vocación. Y evitará así pensar que el signo más verdadero o más auténtico de vocación secular sea ese «***gusto de la acción***» que a menudo degenera en una agitación de tipo praxista que resuelve poco o nada. El signo más auténtico le aparecerá en esa fusión de oración y acción, de acción y oración que, al final, no es sino conciencia que su oración es expresión de su consagración secular, manantial de la misión, clave de la formación.

# MESA REDONDA

A la exposición del tema general siguió una mesa redonda formada por: Christel Glaser, Alda Miceli, Mercedes Ricaurte, Paolino Riva, Antonio Viñayo, Hildegard Yoshikawa, Flora Machacek introdujo los trabajos. Los textos de las diversas intervenciones se publican tal como fueron entregados por los autores o grabados durante el encuentro, sin revisión por parte de los componentes del «panel».

# LA ORACIÓN EN UN INSTITUTO SECULAR BENEDICTINO

**1**.-Muchas posibilidades se ofrecen para hablar de la oración: de sus condiciones, de sus leyes de desarrollo, de las formas que recibe por parte de la cultura y de la mentalidad, de sus frutos, etc.

No me parece posible, en un tiempo de preparación tan breve, tratar en modo suficientemente vasto ni siquiera uno de estos aspectos. Mi contribución se limita a la descripción del aspecto que la oración benedictina puede tener en la vida secular de un Instituto Secular. Se trata, pues, de una experiencia práctica.

**2.-** El ***motivo predominante*** de la espiritualidad benedictina es la glorificación de Dios, la ***Gloria Del*** El contenido esencial de esta espiritualidad es que nuestros ojos se abran «a la luz deificante», es decir, que vean en la fe y en el amor la magnificencia de Dios, y que la hagamos penetrar en nosotros y la transmitamos a los demás en nuestra vida de cada día.

Me parece que aquí se han de mencionar los aspectos esenciales de la oración:

a) callar, y escuchar en silencio;

b) oír la palabra que viene de Dios y hacerla calar en nuestro corazón;

c) la apertura que se deriva.

Tal espiritualidad tiene como sus más importantes expresiones en la oración:

a) una escucha silenciosa pero abierta de la palabra de Dios en el encuentro cotidiano con la Sagrada Escritura y en la meditación.

Madeleine Delbrel dice: «El Evangelio es un libro que se recita como una oración». Y: «Entre la letra del Evangelio y nuestras pobres tentativas de seguir sus ejemplos y modelos está la oración». Será imposible adorar a Dios en Espíritu y verdad sin escuchar lo que Dios nos dice de sí mismo por medio de su Hijo en la palabra sagrada del Evangelio.

b) A través de la participación en la oración de la Iglesia, en cuanto eso sea posible para los diversos miembros.

La oración de la Iglesia es glorificación de Dios y se sirve para ello de la palabra de Dios mismo.

Ella acoge nuestras preocupaciones individuales en la oración y la preocupación por ***todos*** los hombres. Con esto nos libra de girar alrededor de nuestra propia persona y sus intereses.

Recoge nuestro débil balbuceo y lo perfecciona con las palabras inspiradas de la Sagrada Escritura y de los hombres, sobre todo de los santos, sea de tiempos pasados, sea contemporáneos.

c) El centro y la fuente de toda oración de la Iglesia es la eucaristía. En ella el Hijo glorifica al Padre: «Por Cristo, con Cristo y en Cristo, a ti, Dios, Padre omnipotente, todo honor y toda gloria».

d) La escucha de la palabra de Dios en la Escritura y la participación en la oración de la Iglesia y en la celebración de la eucaristía son los puntos centrales de la oración. Pero de aquí debe venimos una unión continua y viva con el Señor, la cual encuentra su expresión constante en breves y espontáneas formas de oración. Para esto no existen recetas seguras. La vida diaria de cada uno y la inclinación individual mostrarán las posibilidades. En la vida cotidiana de cada profesión y de cada familia hay momentos huecos e instantes de pausa que se nos brindan en este sentido.

**3**.- Me parece que la ***formación a la oración*** es uno de los principales puntos de la formación en general para vivir una vida de oración benedictina en el mundo secular, en libertad y fecundidad.

Concluyendo, permitidme que haga algunas observaciones.

a) Una iniciación teórica a la oración de la Iglesia, a la Sagrada Escritura y a la Eucaristía debe estar ligada a una iniciación teórica y general a la vida de oración. Esto se hace por medio de jomadas y cursillos de estudio y también a través del estudio personal de los miembros.

b) Sin duda, igualmente importante me parece el ejercicio práctico en las diversas formas de oración:

- juntas, durante los períodos de instrucción común;

- el ejercitarse en estas formas de oración en la vida cotidiana individual, que debe llevar a la fidelidad y a la gratuidad de la oración.

c) En el intercambio con el grupo y el responsable, la comprensión de la oración por parte de los miembros puede ser:

- ampliada y enriquecida por medio de las experiencias de los otros;
- corregida allí donde se ve que se orienta en dirección equivocada.

Si se consideran suficientemente estos tres aspectos de la formación: iniciación teórica, práctica e intercambio, la oración benedictina puede llevar al miembro de un Instituto Secular desde una riqueza enorme de experiencias de oración hasta una oración fructuosa y libre en Cristo.

CHRISTEL A. GLASER

***Rep. Fed. Alemania***

# ORACIÓN EN «SITUACIÓN»

Entre los argumentos ofrecidos por la relación del Prof. Lazzati que ha sido leída hace poco, tan rica y tan apropiada a las exigencias del laico de hoy, me detengo para reflexionar sobre uno de los problemas más significativos y difíciles de resolver.

El relator, en efecto, ha puesto de relieve el dualismo siempre repetido entre nuestro compromiso de presencia en el mundo que nos ha de exigir estar en diálogo permanente con las personas y los hechos que cotidianamente nos interpelan y las exigencias del coloquio profundo y constante con Dios.

Manteniendo firme que el cristiano que vive en totalidad su bautismo tendría que estar continuamente en búsqueda del rostro de Dios y que deben tener un espacio privilegiado los llamados «tiempos fuertes» del coloquio íntimo con Dios, me parece poder subrayar un aspecto original de nuestra oración de laicos, la oración que podemos llamar ***oración situada:*** es decir, nuestra forma típica de oración, que es la de la persona que lleva con ella el coloquio con Dios todo lo que ella es, y todo lo que son sus relaciones con las personas y las cosas

El encuentro con Dios en la oración no debe nunca encerrarnos en nosotros mismos, sino que debe abrimos a la iniciativa de Dios, a las necesidades de todos los hermanos que encontramos en el trabajo y en los contactos de cada día.

En mi relación con Dios, voy con las preocupaciones y los problemas concretos míos y los del hermano que vive y trabaja junto a mí, y con el bagaje de todas las relaciones y las dificultades con que me cargo día tras día.

En la oración situada, nos presentamos a Dios en lo concreto de nuestras situaciones para mirar con su luz lo que se ha hecho y lo que se debe hacer, lo que se ha pensado para verificar las razones verdaderas que han determinado el desarrollo de nuestro pensamiento y lo que se ha escuchado, para comprender mejor a la luz de la verdad las necesidades y las expectativas de los hermanos y del tiempo en que vivimos.

No puedo dejar de recordar a este respecto, como italiana, las tensiones de mi país en este momento. Como laica consagrada, advierto cada vez

más la exigencia de cargarme de todos los problemas que lo asaltan, me siento obligada a vivirlos profundamente junto con mis hermanos, día a día, afrontando con ellos todos los riesgos que pueden comportar las diversas soluciones.

Es precisamente con esta carga de tensiones, de penas, de riesgos con los que me puedo presentar al coloquio con el Padre y vivir una oración en «situación».

Esta oración, así enraizada en la historia, me hace vivir el misterio de la Encamación, pero también me pone en condiciones de comprender mejor las expresiones que el pueblo hebreo ha usado en los Salmos y a través de la voz de los profetas.

Toda la oración del Antiguo Testamento brota de la historia atormentada de un pueblo que busca a Dios después de haberse alejado de Él.

Yo creo que debemos participar en todos los riesgos de nuestros hermanos, en la búsqueda de la justicia y de la libertad, pero es en la oración donde se debe realizar toda verificación; es en la oración donde se mide el sentido profundo de la justicia y el significado pleno de la liberación del hombre.

Es también en la oración donde somos capaces de medir nuestra fuerza, nuestras posibilidades, nuestros límites, y de verificar nuestras opciones en comunión con la Iglesia.

Dado por asumido que la oración del laico se caracteriza por su estar permanentemente en «situación», quisiera poner ahora el acento sobre otros dos aspectos fundamentales de la oración.

La oración no es auténtica si no es transformadora, es decir, si no se opera nuestra conversión al contacto con Dios. Si somos verdaderamente disponibles para escuchar la palabra de Dios, ésta nos cambia poco a poco, cambia nuestra mirada, nuestro corazón, y nos ayuda a convertimos en criaturas nuevas.

La transformación se realiza en la medida en que nosotros comprendemos que no se trata de hacer cambiar los planes de Dios, sino de hacer nuestros sus planes.

La eficacia de la misión consiste precisamente en llevar a las situaciones de vida, a los problemas diarios, al diálogo con los otros, las dimensiones

«del plan de Dios» que en la oración hemos logrado vislumbrar y descubrir.

Unido estrechamente al proceso interior de transformación está el efecto liberante de la oración, que es efecto de simplificación, de desarrollo de nuestro yo profundo, genuino y original.

La oración facilita el proceso de liberación interior, siempre que se mantengan las condiciones que dan autenticidad al coloquio con Dios, esto es: la escucha humilde de su palabra, la disponibilidad a comprender sus planes y el dejarse transformar por el Espíritu.

Por estas razones, el espacio dejado a los tiempos «fuertes» de la oración debe ser suficientemente amplio, aunque organizado según las posibilidades y necesidades de cada uno de nosotros.

De este modo, la oración se hace liberadora y nos abre a Dios en la espontaneidad y en lo concreto de nuestra persona. Ella, en efecto, nos libera de la superficialidad de la vida, de las diversas formas de egoísmo y de autosuficiencia, de la excesiva confianza en los medios humanos, de la impaciencia que quisiera una respuesta inmediata a nuestras peticiones, y la quisiera de acuerdo con nuestras aspiraciones.

Es Dios quien nos libera, es Dios quien nos transforma en nuevas criaturas. «Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26).

La oración produce siempre una especie de transfiguración en nosotros, aunque nuestro estado de ánimo no sea el del Tabor.

Termino reafirmando que la oración nos hace vivir las dimensiones del misterio de la Encamación.

Nosotros buscamos junto con Cristo el designio del Padre sobre su más auténtico y profundo significado.

En esta búsqueda tenemos que desplegar todas las posibilidades humanas, pero hemos de convencemos de que hay una parte que se ha de dejar al Espíritu, del que hemos de ser instrumentos dóciles.

La oración nos permite recuperar cada vez este espacio que nosotros estaríamos tentados, en la fiebre de la acción, de descuidar y desvalorizar.

Si releemos los Hechos de los Apóstoles, encontramos a menudo la invocación al Espíritu, para cualquier decisión que se ha de tomar. Los apóstoles, cada vez que tienen que realizar opciones importantes, están seguros de la asistencia del Espíritu. Recuerdo la famosa expresión del concilio de Jerusalén: «Porque ha parecido bien al Espíritu Santo y a nosotros...» (Hch 15, 28ss.).

La oración en «situación» que he querido subrayar como aspecto característico de nuestra oración de laicos no excluye, sino que nutre y potencia, la oración de alabanza, de adoración y de pura contemplación. Las situaciones concretas en que estamos sumergidos permanecen presentes en el trasfondo de nuestra conciencia, y a nosotros nos es dado, como a todo ser creyente, la posibilidad de la inmersión en el misterio del amor de Dios y de su vida trinitaria que es también fuente de gozo perenne.

Quien ora hace experiencia de aquella profunda alegría que no nos quita la pena y la angustia del momento, pero nos hace capaces de anunciar la alegría a los hermanos que encontramos en nuestro camino.

Y es precisamente esta alegría que el mundo espera de los que viven en plenitud de fe como Francisco: «el hombre hecho oración es también el hombre de la perfecta alegría».

ALDA MICELI

***Italia***

Presentaré unas reflexiones sugeridas por un tema
de tanta actualidad, como el que ha sido
presentado por el profesor Lazzati.

# LA ORACIÓN EN RELACIÓN CON LA VIDA

## a) Experiencias sobre la oración

Vengo a comentar algo de nuestras experiencias sobre la oración. Esta experiencia nos dice lo que es o lo que debe ser la oración en la vida de un consagrado secular

Hemos visto que la oración nos hace profundizar nuestro ideal de entrega. Sin oración este ideal se quedará en la superficie, no involucrará todo nuestro ser. De ahí tantas vidas consagradas que pueden ser mediocres porque no hay en ellas profundidad.

Además la oración nos ayuda a que haya madurez en nuestra entrega. No se trata de un entusiasmo que dura poco tiempo, sino de una convicción que abarca toda la vida. Hay gente que trabaja mucho, pero que por falta de verdadera oración no madura nunca.

La oración es fuente de fecundidad apostólica. Cuántas veces nos sorprendemos a nosotros mismos al ver que hemos logrado resultados que por nosotros mismos no nos atrevíamos a esperar; estos resultados, debemos reconocerlo, son frutos de la oración sea nuestra o de los otros. «Pedid y recibiréis» dice el Señor.

La oración es el gran medio para perseverar en nuestra entrega; no comprendo cómo sin oración se puede perseverar en ella; bien dice el Señor: «Velad y orad para no caer en tentación». No se llegará a establecer el equilibrio entre la entrega personal a Dios y el trabajo apostólico, sin una vida de oración. Siempre habría algo que desequilibraría nuestra vida.

La oración alimenta la virtud y esta virtud es condición imprescindible para continuar la acción de Cristo. Hoy se busca la eficacia inmediata, el

impacto de las palabras y se olvidan las virtudes sencillas que son de uso diario.

### b) Importancia de la formación a la oración

Es importante formar a nuestros miembros en este aspecto. Que aprendan a orar bien para que su piedad sea auténtica y no superficial. Muchas veces se cree tener una sólida piedad, cuando no existe sino la rutina, el cumplimiento exterior. Pero si se penetra más profundamente se echa de menos la existencia de ese amor absoluto que debe regir toda la vida y por lo tanto la oración.

Hay, además, que dar una formación que se adapte a las diversas formas de oración: personal, comunitaria, trabajo hecho por Dios y en su presencia. Esto es muy delicado porque hay que estudiar los diversos temperamentos para que cada uno encuentre su camino en la oración.

Tiene una importancia extraordinaria el formar a nuestros miembros para que sean fieles a la vida de oración. Hoy día es impopular la fidelidad a ciertas formas de oración, pero en la práctica y con excepciones especiales, vemos que sólo llegan a una verdadera vida de oración los que han dedicado un tiempo para orar.

### c) Dificultades que se presentan para la oración

En nuestros países de América Latina reina mucho activismo alrededor de las obras apostólicas, obras que por otra parte son necesarias porque son muchas las necesidades de todo orden que se deben remediar Entonces se suele «dejar a Dios por Dios» como se dice y abandonar la oración (ej. de una profesora universitaria). Para hacer reconocer la necesidad primordial de la oración habría que recurrir al Evangelio y mostrar cómo Cristo dedicaba noches enteras a la oración después de las ocupaciones más absorbentes: «Durante el día enseñaba en el templo y luego se retiraba a pasar la noche en el monte de los olivos» (Lc 21, 37).

Naturalmente la vida de hoy trae problemas de tiempo, de desgaste, etc. que en ocasiones dificulta el consagrar tiempo a la oración. En nuestro medio colombiano y aun latinoamericano, todas las jóvenes desean estudiar, superarse; esto es justo porque sin estudios no se abrirán paso en la vida. Además la inmensa mayoría de nuestros miembros debe trabajar para subsistir y ayudar a sus familias. Resultado: el tiempo no

alcanza para cumplir un programa de oración. Cada Responsable de grupo deberá estudiar estos casos, pedir un mínimo de oración y formar a la consagrada para que haga de toda su vida una oración.

Otro fenómeno que se observa: hoy ha perdido importancia la oración personal frente a la oración comunitaria. Hay personas excelentes bajo la influencia notoria de los movimientos carismáticos; estas personas sólo están contentas orando comunitariamente. Sin embargo, pienso que la oración personal será siempre necesaria. Por otra parte, cada uno tiene su camino en materia de oración y habrá que respetarlo.

### d) Conclusiones

Cada consagrado secular debe llevar vida de oración de acuerdo a lo que pidan sus Constituciones. Cuando esto no se hace, la vocación se pierde y la acción apostólica se desvía. Se aprende a orar orando: el Espíritu Santo es el primer maestro de oración. Muchos, hoy, protagonizan la libertad, pero no faltan quienes por este sistema, acaban por omitir la oración personal.

En la oración no hay solamente un enriquecimiento personal sino la ocasión de dar un testimonio. Ningún consejo sobre la oración reemplaza el testimonio de una persona orando. Pienso que hoy hay cierto respeto humano en este punto: miedo de que nos clasifiquen por lo que no somos, queremos aparecer como libres de deberes en materia de oración.

Hay otro punto que es necesario tener en cuenta y estudiar: la manera de formar a los formadores sobre este punto tan delicado de la oración, sobre el cual quizá falta a muchos la experiencia necesaria. Esto es grave porque el consagrado sufrirá por la base al faltarle aquello que debe alimentar su vida de entrega.

Algo muy importante es unir nuestra oración a las necesidades de nuestros hermanos, especialmente de los más pobres y necesitados. En América Latina tenemos el gran problema de la pobreza, de muchas estructuras que hay que corregir para que todos puedan participar de los bienes sociales de la vida. Este tipo de oración nos ayudará a ser más justos y a entregamos con mayor abnegación a remediar las necesidades de nuestros hermanos.

Conviene recordar que cada Instituto tiene una forma especial de oración y debe ser fiel a ella porque en esto encuentra su carisma específico. Este carisma fundacional es bien importante y se debe ser fiel a él para santificarse según el espíritu de la propia vocación. Y aquí conviene aclarar que no solamente se tiene vocación para un Instituto Secular, sino para «tal» Instituto que el Señor puso en nuestro camino, mostrándolo como su voluntad sobre nuestras vidas. A través de nuestra vida de oración se deben traslucir los rasgos fundamentales de nuestro Instituto.

Muchas veces en nuestro deseo de servir al Señor quisiéramos abarcar todo el universo. Limitados como somos, tenemos sin embargo un alma de ambiciones infinitas. En estos días pasados leíamos en las lecturas del breviario una homilía de San Juan Crisóstomo que me ha conmovido. Saco una parte de esta homilía para mostrar el porqué: «Vosotros sois la sal de la tierra. Es como si Cristo dijera: el mensaje que se os comunica no va destinado a vosotros solos: sino que habéis de transmitirlo a todo el mundo. Porque no os envío a dos ciudades, ni a diez ni a veinte; ni tan siquiera os envío a toda una nación, como en otro tiempo a los profetas, sino a la tierra, al mar y a todo el mundo».

Pues bien, todo esto se puede lograr por medio de la oración.

MERCEDES RICAURTE

***Colombia***

# ORACIÓN Y TRABAJO

Soy un obrero metalúrgico que trabaja desde hace 31 años en Milán (Sesto San Giovanni). Soy un activista sindical con responsabilidades a nivel de directivo de empresa, provincial y nacional. Siento el deber de dar voz como puedo a todos los trabajadores que con espíritu evangélico actúan en las fábricas al servicio de los hermanos y de la sociedad en sufrida y gozosa unión con la Iglesia.

La semana pasada, junto con algunos amigos sacerdotes obreros de Casale Monferrato, conveníamos en que frente a tantas incomprensiones en la comunidad eclesial (parroquial, diocesana, universal) quizás, y sin quizás, la causa de estas incomprensiones y divisiones está en la excesiva confianza en nuestras capacidades y falta de verdadera fe en el Dios que gobierna el Universo. Por tanto, concluíamos con que es necesario rezar más, porque la Iglesia de Cristo la cambiaremos a mejor si le pedimos a Él que la purifique. Cada uno de nosotros tiene un modo propio de rezar: ***lo que importa es rezar.***

Pero ¿cómo se puede creer verdaderamente que Cristo ha resucitado (porque si Cristo no hubiera resucitado, vana sería nuestra fe), que la Virgen su Madre ha sido asunta al cielo con su cuerpo, si misteriosamente no estamos poseídos en lo más profundo de nuestro ser por el Espíritu, y, por tanto, sin una postura de oración?

Es importante fijar los tiempos para la oración. Es importante la oración comunitaria. Es importante rezar el Padrenuestro y no el Padre mío. Es importante la revisión de vida. También la Santa misa donde juntos, buenos y malos, sabios e ignorantes, nos unimos al sacrificio de Cristo.

Pero si no entramos en lo profundo de nuestro ser, si no nos ponemos en una actitud de oración, de escucha, de adoración, de súplica personal, ¿cómo podremos convertimos continuamente? ¿cómo podremos comprender la voluntad de Dios y los signos de los tiempos?

Si mi ser más profundo no está en esta postura, ¿cómo puede servir a las criaturas sin ser dominado por ellas?

Si no oro continuamente, ¿cómo puedo ser sabio en las dramáticas circunstancias que la vida nos presenta cotidianamente: huelgas, enfrentamientos, conflictos con amigos y adversarios?

¿Cómo escuchar y confortar a compañeros y compañeras de trabajo cuando abren su corazón sobre problemas familiares (enfermedades, muerte, relaciones conyugales, padres-hijos, droga, violencia, etc), sin la convicción de que viviendo y participando en estos problemas nosotros damos el verdadero significado a nuestro mismo modo de existir?

Si no estoy atento al Espíritu en esta actitud orante, ¿cómo puedo ser equilibrado en interpretar la jerarquía a todos los niveles, o el mundo que me circunda y los acontecimientos que cambian repentinamente? Si no estoy atento al Espíritu, ¿cómo puedo hacer ciertas opciones que la mayoría de las veces debo realizar sin la ayuda de amigos? Si no me preocupo de estar a la escucha, incluso en el penar cotidiano, ¿cómo puedo reanudar el camino a pesar de mis pecados, mis errores, las inevitables desilusiones? ¿Cómo puedo servirme de las cosas sin estar dominado por ellas?

Cierto, la Iglesia, madre y maestra, me educa con la oración comunitaria, especialmente con la misa, pero ¡ay de mí si mis fines de semana y especialmente el día del Señor se redujeran a unos «week-end»! Es el domingo, son los encuentros de oración periódicos los que me potencian en esta postura.

Y ¿cómo podría anunciar humildemente la palabra de Dios en medio de los SARRACENOS MODERNOS si no vivo esta palabra? Porque nuestro deber es orientar las cosas hacia Dios, respetando las leyes de la naturaleza y en particular la libertad de los hombres: pero esta libertad la respeto cuando está presente en mí de manera vivencial la paternidad y la misericordia de Dios que me ama y me perdona siempre.

Concluyendo: si llegamos a ser hombres de oración, seremos hombres de auténtica acción, y con esto el mundo sentirá y verá en nosotros un humilde signo del Eterno.

PAOLINO RIVA

*Italia*

Unas reflexiones, queridos amigos, a título exclusivamente personal porque no es muy fácil una estadística en estas cuestiones del espíritu.

# LA ORACIÓN DE LOS SACERDOTES

... y digo la oración de los sacerdotes, no sólo de los sacerdotes de Institutos Seculares, sino oración sacerdotal porque creo que toda oración cristiana debe ser oración sacerdotal.

Los aspectos existenciales me parece que puedan reducirse así: parece que hay un lamento, una acusación constante, hoy, por parte de los seglares que nos dicen a los sacerdotes que ahora no les ayudamos tanto como antes en la oración, que nuestra ayuda es ahora mucho menor.

Es necesario tener comprensión para con los sacerdotes, puesto que el sacerdote siente las mismas crisis del mundo actual y de la Iglesia. En primer lugar, el fenómeno de la secularización, el fenómeno de la desacralización son fenómenos culturales y algunos de ellos no necesariamente anti-cristianos. La verdad es que el sacerdote es un comprometido de la oración y debe ser un maestro de la oración. Hay crisis por lo tanto de oración en el sacerdote, quizá profundizando más sería preferible preguntamos si hay crisis de fe. Y no absolutizar tanto la oración, porque la oración me parece que es exigencia y consecuencia necesaria de la fe. Probablemente las crisis de oración estén en las crisis de fe. Y toda crisis de fe lleve consigo crisis de oración.

Entendemos ahora por oración para los sacerdotes, la oración de intimidad con Dios, la charla amigable dentro de la fe, con Dios, considerando la fe tal como la define el Concilio Vaticano II a través de la ***Dei Verbum*** como un ofrecimiento, que Dios viene a nuestro encuentro y se hace amigo. Por lo tanto, ésta, la fe, tendríamos que encontrarla en el plano interpersonal del sacerdote con Dios Por eso, orar para el

sacerdote, como para todo cristiano, se centraría en estos seis Verbos: primero y ante todo como fundamento absoluto es creer, de la creencia vendrá la petición al ejemplo de Jesucristo, pedir, la esperanza que nos da gran confianza porque nos hace amigos, humillarse, y como coronamiento, el amar para llegar al compromiso total con las cosas y para hacer de nuestra fe una acción sobre el mundo. Esta forma de orar la define Pablo VI como una actitud reflexiva y atenta de escucha, de súplica y de docilidad. Por eso, la intimidad de escucha y una respuesta sería la oración del sacerdote. Una escucha a la Palabra de Dios y una respuesta a esa Palabra de Dios.

Al hablar de crisis de oración sacerdotal quizás tendríamos, para no perdemos, que hacer distinciones. Distinguir bien entre culto y oración: no se confunden necesariamente: distinguir entre oración y acción, y distinguir entre la reflexión mental, los métodos y las prácticas. Por eso hoy parece que se da más que tengamos esta esperanza más que las crisis de la oración de los sacerdotes, un reajuste y un pluralismo. También en esto participamos del pluralismo que se da en el mundo y en la Iglesia. Tradicionalmente había una unidad férrea, por lo menos en la Iglesia latina, unidad que venía desde la formación del seminario, unidad en los métodos, unidad en las prácticas, unidad en el tiempo, etc. Hoy se están abandonando los métodos y se están por lo tanto reajustando estas prácticas y por eso quizás en la crisis más que una falta de oración se está experimentando este reajuste. El sacerdote, creo que la mayor parte todavía, podríamos distinguir un grupo, me parece a mí, esto vuelvo a insistir, sólo como reflexión personal, unos sacerdotes ya de cierta edad suelen ser fieles a las prácticas que quedaran tradicionales, ante todo la Santa misa, la liturgia de las horas, la lectura espiritual, la oración mental, y también las devociones, especialmente el rezo del rosario. Quizás entre los más jóvenes van buscando más bien la oración litúrgica o la oración a través de la Palabra de Dios. Pero también se valora mucho en todos los ambientes la oración comunitaria y los grupos de oración.

Tengamos gran esperanza porque creo que a través de todo esto se va preparando ya una oración más basada en la Palabra de Dios y gran parte de este movimiento lo llevaron a cabo los Institutos Seculares sacerdotales. Quizá uno de los fines primarios de los Institutos Seculares sacerdotales sea el ayudar, el mantener, el fomentar la oración de los sacerdotes. Sólo por esto ya seríamos Institutos Seculares sacerdotales muy beneméritos y muy necesarios a la Iglesia, Cómo debe ser la oración

del sacerdote y quizá la mejor contestación fue la que dió el Santo Padre a un obispo que le preguntó: cómo tenía que ser la oración de un obispo. El Santo Padre le contestó: pues, como la oración de los demás cristianos: oración sencilla, oración de escucha, oración confiada.

ANTONIO VIÑAYO

***España***

Quisiera compartir con vosotros y haceros
comprender cómo es la vida,
en el Japón, y en particular:
.-Situando la vida de un miembro
de Instituto Secular en el Japón;
.-hablando de la especificidad de esta vida,
buscar qué formación a la oración es necesaria.

# LA ORACIÓN EN EL JAPÓN DE HOY

## I. Atmósfera concreta del Japón en 1976

A este propósito se pueden precisar dos puntos:

a) la cultura japonesa es totalmente acristiana (no digo anticristiana, sino acristiana o precristiana);

- hay en el Japón cerca de 600.000 cristianos (católicos y protestantes) sobre una población de 103 millones de habitantes, es decir, el 0,6% de la población total;

- hay 300.000 católicos, es decir, el 0,3%.

Junto a los cristianos, del todo minoritarios, se encuentran el budismo, el sintoísmo, y muchas religiones nuevas como Sokkagokkai: todas estas religiones se dividen, en la mayor incoherencia, el pequeño Japón.

De aquí se deriva que los miembros de los Institutos Seculares trabajan en un ambiente acristiano.

***Ejemplo número uno:*** En mi trabajo en la universidad, universidad de obediencia católica, hay 600 estudiantes: aveces uno sólo es cristiano; otras, ninguno. Entre los profesores, se pueden contar los cristianos.

***Ejemplo número dos:*** En mi Instituto la mayor parte de los miembros entran convertidas en la edad adulta; han sido educadas en familias no cristianas.

- Únicamente el 5% de la totalidad de los miembros han recibido el bautismo de pequeñas.

- El 95% lo han recibido en edad adulta, a menudo sin el consentimiento o aprobación de sus familias.

Todos estos miembros entran en el Instituto después de tres años del bautismo: por tanto, son todas jovencísimas cristianas. Como miembros de un Instituto siguen siendo incomprendidas de sus familias y de su ambiente, etc...

***Ejemplo número tres:*** Además, el celibato como tal no es comprendido. Y una vocación al celibato es menos comprendida todavía.

Para una familia japonesa ordinaria, no cristiana, cada uno debe normalmente casarse, y quien no lo hace es sospechoso, sospechoso de no ser normal o de tener algo que esconder. A menudo es una verdadera vergüenza para la familia tener una hija que no se casa: se deduce a veces que hay «algo» en esta familia.

Se llega también a decir que no casarse es un pecado, y no es raro que los parientes próximos sigan haciendo arreglos de matrimonio para una persona perteneciente a un Instituto Secular, aunque ésta esté ya comprometida con promesas, votos, etc.

### *El Japón del 1976 da la prioridad a la economía*

Los japoneses trabajan mucho, aman el trabajo: el deseo de progreso, la competencia y la ambición marcan fuertemente el mundo del trabajo y eso influye sobre todo. Cada japonés piensa que ha de trabajar hasta el límite de sus fuerzas y de su tiempo.

De aquí resulta que los miembros de los Institutos Seculares viven en medio de esta atmósfera que se encuentra en el trabajo, en la educación y en las relaciones humanas. Estos miembros de Institutos Seculares no pueden quedar a la zaga de los otros japoneses: no lo pueden en absoluto. Por tanto, también ellos trabajan hasta el límite de sus fuerzas y de su tiempo. De aquí que tengan muchas dificultades para encontrar, en medio de jomadas tan cargadas, ***tiempos de oración.***

Para todas estas nuevas cristianas, pertenecientes a un Instituto Secular en una atmósfera acristiana, ¿cómo rezar?

Ciertamente, todo depende de cada una. Si el ambiente, la sociedad, la cultura japonesa son específicos, se puede decir que cada miembro de

un Instituto Secular vive en ellos según lo que él mismo es. Hay muchas maneras de rezar.

Hace tres años en mí Instituto se mandó una encuesta a 200 miembros con una pregunta muy sencilla: ¿Cómo rezas?

Las respuestas han sido muy diferentes. Podemos quizás reagruparlas así:

1. Algunas tienen ***grandes dificultades para la vida de oración.***

***Razones aducidas:***

- el cansancio:
- la ausencia de apoyo espiritual (no hay una iglesia cerca):
- la falta de ayuda fraterna;
- la falta de esfuerzo personal;
- además, la fatiga nerviosa juega un papel importante y lleva a distracciones y desolaciones frecuentes.

Concluyen diciendo que su oración no es ***buena.*** En todo caso, si permanecen en este ambiente, no pueden rezar. Y su conciencia sufre ante este dilema. Y, para tranquilizar su conciencia, acaban diciendo que su «vida es una oración».

En realidad, ¿qué cosa es la ***buena*** oración?

2. Otro grupo está compuesto de personas que no separan la oración de su vida, sino que dicen estar unidas a Dios en medio de todo esto, afirmando:

- cualquiera que sea mi trabajo, yo trabajo con Dios;
- construyendo el mundo, yo trabajo con Dios, yo hablo con Él;
- negándonos a nosotros mismos, se cumple la obra del Espíritu;
- participo en la obra del Espíritu en medio del mundo.

En el fondo, para este grupo, la oración no es problema de tiempo, sino de actitud profunda.

3. Un tercer grupo dice que para que la vida de cada día se convierta en oración es necesario separarse de esta vida a intervalos, en la medida de lo posible: aconsejan breves ejercicios de la presencia de Dios, oraciones

jaculatorias, etc. Inmersas en el mundo, se encontrará a Dios si se sabe escucharlo.

4. Un cuarto grupo insiste en el hecho de que si se realiza bien el propio apostolado no se puede dejar de rezar.

Ha habido, pues, muchas opiniones. En junio de 1975 se había celebrado también una reunión de tres Institutos Seculares japoneses y se habló de estas cuestiones.

En los Institutos Seculares japoneses hay que encontrar la posibilidad de la oración y el gusto de la misma. Es un problema de ***formación a la oración.***

## II. Formación a la oración en el Japón

Frente a esta sociedad japonesa en la que sus miembros están inmersos, los Institutos Seculares deben formarlos a la oración de modo apropiado.

Aquí hablo solamente de mi Instituto Secular.

Como ya he dicho antes, el 95% de los miembros de estos Institutos han entrado sólo después de 3 años de recibir el bautismo, lo que supone que han sido educadas sin ninguna referencia cristiana, y que la oración les es prácticamente desconocida. Y, ciertamente, no tienen un hábito de ella.

Ahora bien, para vivir en un lugar de trabajo acristiano, y para realizar en él una consagración secular, se necesita un espíritu de oración y de sacrificio muy fuertes. Es necesario, además, que la oración se vuelva en cierto modo algo natural.

Así, en el Japón, al comienzo de la formación en mi Instituto, nos ha parecido conveniente hacer vivir a estos miembros, por algún tiempo, una vida en común, con el fin de permitirles experimentar qué es un ambiente cristiano.

En el «Noviciado» se insiste mucho sobre el valor de la oración y se encamina a los miembros del modo siguiente:

1. Al principio de esta formación, durante un mes, todos los días hay una conferencia sobre la oración y la vida consagrada.

2. Muy pronto se orienta hacia ejercicios de la presencia de Dios, se acostumbra también a la atención al Espíritu Santo y a su acción en los corazones y en el mundo. Esto se realiza con el hábito de la lectura de la Escritura hecha personalmente: también se ayuda a buscar la acción del Espíritu Santo en medio de las relaciones humanas. Este último punto es muy importante para los japoneses, ya que pueden abrir su corazón a Dios, pero les cuesta mucho abrirlo a los otros.

3. Ciertamente, este primer año de «Noviciado» está adaptado a un ritmo de misas, retiros mensuales, sin olvidar las obligaciones cotidianas: oración, lectura, etc.

4. Por fin, la oración comunitaria ocupa un puesto importante: se inicia a las personas en la oración de la Iglesia, en la oración litúrgica.

El uso de jaculatorias es aconsejado y nos preguntamos si tal ejercicio de la presencia de Dios, hecho a tal hora, por parte de todos los miembros del Instituto cuando estén dispersos, no sería un buen modo de unidad entre los mismos miembros y un apoyo para la vida de todos los días. Después del noviciado muchas se encuentran solas y es necesario que cada una halle la forma de rezar que más le conviene. A título de ejemplo, he aquí un número de posibilidades de retiro anual: cada una puede elegir lo que le conviene, al punto en que llega.

1. Retiro que se inspira en el ZEN con el padre LASSALLE, jesuita alemán, en el Japón desde hace mucho tiempo.

2. Retiro carismático en una casa de retiros llevada por franciscanos.

3. Transacción-Análisis (retiro inspirado en la psicología y el psicoanálisis, que tiene como fin «cambiar el carácter»).

4. Retiro bíblico: sólo se reza con textos bíblicos y se hace personalmente el propio camino.

5. Retiro según los ejercicios de San Ignacio. Se le puede incorporar una meditación ZEN.

6. Retiro «Róle-playing»: una especie de psicodrama; por ejemplo, de la pasión.

7. Retiro con ejercicios de relaciones humanas.

8. Retiro según el método de M. Kawakito: se hace un «mapa» de lo que se es, con el propio carácter, etc... y sobre eso se deja uno interpelar por Cristo.

Por fin, antes de los votos, hay de nuevo un mes de vida en común en la que la oración es el centro.

En todos los casos, para nosotras, «Catequistas de la Virgen Madre», se trata de recibir a Jesús como María y de darlo al mundo.

Propongo eventualmente como materia de discusión: «La oración y el tiempo».

HILDEGARD YOSHIKAWA

*Japón*

# ORACIÓN Y VIDA

El Padre Jean Canivez fue encargado de sintetizar
los resultados de los distintos grupos de trabajo

# SÍNTESIS DE LOS TRABAJOS DE ESTUDIOS[3]

Voy a intentar, pues, hacer el informe de nuestros intercambios en los grupos de trabajo y concluir nuestra reflexión sobre la oración, expresión de nuestra consagración secular, fuente de la misión y clave de la formación. Me he visto obligado a leer demasiado rápidamente los informes de los grupos y os pido perdón de antemano si no he recogido todas sus riquezas. Me parece, sin embargo, que los intercambios han sido de una gran calidad. Desgraciadamente, lo más hermoso escapa a todos los informes... y más aún al mío, que ha sido hecho demasiado de prisa. Agradezco a la Srta. Machacek por haberme ayudado con su conocimiento de los idiomas, su sentido de las realidades espirituales y su gentileza.

Voy a dividir mi exposición en dos partes:

1. Una presentación un poco sintética del contenido de los intercambios;

2. un intento de conclusión del conjunto de nuestro trabajo sobre la oración.

3 Nos ha parecido bueno conservar el estilo oral de este informe.

# EL CONTENIDO DE LOS INTERCAMBIOS

Repartiré la materia según los tres temas:

## Oración y consagración secular

Creo haber percibido tres etapas en la búsqueda: una oración condicionada por la vida -una oración que nace de la vida- una oración cuya materia es la vida.

### *a) Una oración condicionada por la vida*

Los monjes organizan su vida en función de la oración. Es la vida la que debe aceptar las condiciones de la oración. Para nosotros, es la vida la que impone sus condiciones a la oración. El problema del tiempo en primer lugar. Hay que encontrar el tiempo para la oración: la mañana, la noche, un fin de semana de vez en cuando, durante los viajes. ¿Cómo escapar a la carrera febril del mundo moderno? Sin embargo, es necesario. Y es una empresa atrevida, pues es ir contra la filosofía que del hombre tienen los que nos rodean. Para todos, alrededor nuestro, el tiempo es dinero.

Hay que trabajar, gozar, distraerse... y nosotros queremos perder tiempo para Dios. Para nosotros perder tiempo para Dios y para un hermano es un valor. En esto nos encontramos tan poco de acuerdo con el capitalismo como con el marxismo.

No hay oración sin silencio. En un convento se guarda silencio. Nuestro silencio es en primer lugar interior. Me han dicho de un sacerdote obrero que hace oración junto a su máquina-herramienta, porque hace tanto ruido que se encuentra aislado del resto del mundo. Silencio interior gracias al ruido exterior. Nosotros tenemos nuestra manera propia de rezar con los otros, pues no estamos en una comunidad. Rezamos con todo el mundo, en medio de nuestros compañeros de viaje o de trabajo, en asambleas eucarísticas de ocasión, sin olvidar a nuestros hermanos y hermanas que encontramos muy de tanto en tanto pero cada día presentes en nuestra oración.

*b) Una oración que nace de la vida*

Dios se nos hace presente en los acontecimientos: la pregunta de un alumno, la mirada de un enfermo, el sufrimiento de los que nos rodean, nuestro propio sufrimiento, el de los que están oprimidos, nuestras alegrías. Dios está ahí en el centro de nuestras vidas. Nos habla.

Como al mismo Cristo, la vida nos proporciona ocasiones de acción de gracias. Dios que se revela a los pequeños, la generosidad de los humildes, la gracia que trabaja en los corazones. Hay acontecimientos que nos hacen gritar a Dios: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Otros, nos hacen suplicar o pedir perdón. Otros, por fin, nos transmiten llamadas como a los profetas. Nuestra oración nace de los sucesos cotidianos.

Algunos practican la revisión de vida en la cual tratan de iluminar la existencia de cada día con la Palabra de Dios, cada acontecimiento con el acontecimiento central de la muerte y resurrección de Jesús. La vida se convierte así en Palabra de Dios y la oración brota de la vida.

*c) Una oración cuya materia es la vida*

Quiero decir que es la expresión de nosotros mismos, expresión de nuestra consagración. Esta consagración está en continuidad con la encamación. La fórmula propuesta ha sorprendido quizás y sólo ha sido empleada tímidamente. Es en la oración donde expresamos a Dios el don de nosotros mismos, gozoso o doloroso. La oración se expresa primero en un acto inicial, pero se repite de mil maneras a lo largo de la vida en la oración; es materia de un diálogo jamás interrumpido con Dios, diálogo que desemboca naturalmente en la eucaristía. Venís a la eucaristía cotidiana porque es la expresión perfecta de vosotros mismos en Cristo. Tenemos que retener este último punto. Jesús en su totalidad, asido por el Espíritu Santo, se da al Padre en el misterio pascual renovado en la misa. Consagrados a Él, en Él nos damos al Padre y con nosotros el mundo entero. Si, por tanto, la oración es cada día expresión de nuestra consagración, la misa es su punto culminante.

No se ha dejado de observar que la oración es un don de Dios. Es el Espíritu el que ora en nosotros, pues es él quien nos elige y nos consagra tal como somos para damos a Dios.

Naturalmente nos expresamos con palabras, con las palabras de la oración, pero es toda nuestra vida la que expresa nuestra consagración y en particular nuestros compromisos al servicio de los hombres. La oración es, sin embargo, un momento eminente porque hace explícita nuestra voluntad de entregar nuestra vida a Cristo.

## Oración y misión

No hemos estado a la misma altura de la enseñanza del Profesor Lazzati. Se puede decir que nosotros hemos ido al encuentro de la doctrina, descubriendo un poco a la vez, escuchando a un maestro, las dimensiones maravillosas de lo que vivimos.

Ciertamente tenemos una misión. Coincide con nuestra profesión, nuestro ministerio, nuestros compromisos de todo tipo. No tiene unas fronteras muy netas. El mundo entero está implicado en lo que son nuestros problemas. Estamos sumergidos en las luchas difíciles. No se sabe siempre si hacemos bien. Se avanza como se puede. Dios quiere esta lucha y esta búsqueda. Todas nuestras profesiones y compromisos plantean cuestiones complicadas, cuestiones que no tienen nada de teóricas. Se trata de la vida de los hombres, y a veces de su muerte. Quienquiera que seamos estamos comprometidos en la gran historia de la humanidad y es en esta historia donde está tallada nuestra misión, historia de la construcción de un mundo mejor y de la nueva Jerusalén.

La oración nos permite descubrir nuestra misión, meditarla, interrogar al Señor sobre sus intenciones. Nos permite ver justo, nos da una mayor seguridad de la mirada. Los compromisos más auténticos y más valientes brotan de la oración. Una falta de oración corre el riesgo de arrastrar a una debilidad de la misión.

Nuestra misión nace de un encuentro con Dios o con Cristo, Él mismo enviado por el Padre. Ella está en referencia constante con Dios. No nos podemos imaginar un enviado que perdería el contacto con el que le envía.

Lo hemos captado mejor cuando se trata de cambiar de misión. De manera natural nos volvemos entonces hacia Dios para buscar con Él. ¿Cuál es el sentido de los acontecimientos? ¿Dónde servir a los más pobres? ¿Cómo hacer evolucionar una institución de la que somos

responsables? ¿Cómo tener en cuenta solidaridades múltiples? ¿Cómo y dónde ser instrumentos de Dios? Se puede decir que la complejidad es lo propio de los compromisos de hombres y mujeres metidos en los asuntos del mundo. Es en la oración donde buscamos el camino. El intercambio ha revelado en tal o cual grupo una verdadera preocupación por buscar la voluntad de Dios. Con Salomón... y el Profesor Lazzati, pedimos la Sabiduría.

Con un poco de perspectiva descubrimos el sentido de esta misión que nos esconde quizás la complejidad de nuestras actividades cotidianas y que nos revelan la oración y la Palabra de Dios. Estamos empeñados en una gran historia de salvación y de liberación, y entiendo esta palabra en su sentido económico-político así como en su sentido espiritual.

La voluntad del Señor es reunir todas las cosas bajo una sola cabeza, Cristo. En Cristo somos los artesanos de esa vuelta a Dios de todo el mundo. Es en la oración donde comprendemos las verdaderas dimensiones de nuestra acción, donde la ajustamos a la acción de Cristo, aplicándonos en adoptar las mismas costumbres del Salvador.

La oración nos dará esa doble mirada a Dios y al mundo. Doble y única mirada, pues nuestro Dios salva el mundo. Vemos con la misma mirada a Dios que salva y el mundo que es salvado por Él. Vemos el Espíritu de Dios actuando en los acontecimientos del mundo, que se hacen como transparentes. El campesino contempla el trabajo de la naturaleza en su campo. Nosotros contemplamos el trabajo del Espíritu en el campo del Padre. La misma atención contemplativa nos hace presentes a Dios y presentes en el mundo.

## Oración y formación

La mayor parte de los grupos han estudiado la formación a la oración. Han discutido sobre los medios de dicha formación y nos han dado una reflexión interesante sobre el empleo de estos medios. Tomo la lista del informe de un grupo:

- enseñanza sobre la oración y ejercicio de la oración,
- entrevista personal con el formador,
- reuniones de grupo,

- retiros mensuales y ejercicios espirituales anuales,
- participación activa en la oración litúrgica,
- dirección espiritual, etc.

Este modo de proceder ha permitido un estudio útil del contenido de estos medios. Sin embargo, se puede pensar que hacía correr el riesgo de reducir el tema. Se trataba, en efecto, de ver cómo se sitúa la formación primero en la oración. El Profesor Lazzati afirmaba que la formación debía de ser en primer lugar una formación a la oración. Volviendo a tomar la expresión del tema de nuestro trabajo alguien ha dicho que la oración era sí la clave de la formación, pero que esta clave era una llave maestra que abría todas las puertas. Un grupo ha intentado abordar el tema de diferente manera y el método adoptado ha provocado una iluminación nueva.

Cada uno -por no decir cada una- ha dicho cómo se había formado su vida consagrada, cómo había crecido en él esta voluntad de consagrarse y la realidad misma de esta consagración.

La confidencia fraternal que las personas se han hecho de su aventura espiritual las ha llevado a superar los medios o a verlos de otro modo. Lo que ha provocado el don de sí mismas y una profundización progresiva de ese don es primeramente, y se podría decir únicamente, el encuentro de Jesucristo, y ese encuentro se sitúa antes que nada en la oración. Ese encuentro es ya una oración. Jesús ha entrado en sus vidas suave o bruscamente. Unas vidas han sido cambiadas completamente, y de golpe la respuesta ha sido dada, aun si a continuación se ha hecho explícita y se ha desarrollado en un Instituto Secular y según su propio caminar. ¿Cómo ha entrado Jesús en esas vidas? Las ocasiones han sido a veces imprevisibles. Dios es imprevisible: a veces un gran sufrimiento: otras, una persona, un sacerdote un descubrimiento brusco de la Sagrada Escritura... pero se trata siempre de un encuentro de Jesús en que una persona, un acontecimiento o la Palabra de Dios ha sido el sacramento. La formación se sitúa, pues, en primer lugar en el encuentro con Dios, con Jesucristo y con los otros, lo que es lo mismo: los hermanos, los pobres, los que tienen necesidad de nosotros son, también ellos, sacramento de Jesucristo. Se podría pensar que el formador no tiene ya nada que hacer. No es del todo verdad.

Ciertamente, es Cristo el gran formador y es en el encuentro con Él donde nos formamos, pero el Señor nos alcanza a través de los acontecimientos, de las personas, o por su Palabra que, como he dicho, eran sacramentos en sentido amplio, sin olvidar los sacramentos en sentido estricto; el formador, por su parte, podrá ayudamos a descubrir a Cristo en nuestras vidas y a favorecer el encuentro con Él. No es una tarea de profesor, es sólo una presencia amistosa, la del amigo del esposo. Ella supone una gran sensibilidad al paso del Señor. Podríamos volver a tomar todos los medios de los que hemos hablado para ver en ellos sacramentos de la presencia de Jesús, único formador, pero me parece que el primero de esos sacramentos, para nosotros seculares, es la vida iluminada por la Palabra de Dios. Se trata de ver en ella a Dios, de encontrarle, y en esto nos podemos ayudar unos a otros.

La formación no debe ser en primer lugar unos ejercicios sino la vida, una cierta mirada que se dirige a Dios presente en la vida.

La formación sin más es, pues, primeramente formación a la oración, pero a una oración de hombre o de mujer bien situado en la vida. La oración es por tanto, la clave de la formación.

La llave maestra, si se quiere. La reflexión de los grupos de la que he hablado y que me he permitido explotar un poco, me conduce a proponer otra fórmula. Uno se forma en el encuentro con Jesús. La oración es, en cierto modo, el lugar de la formación.

## INTENTO DE CONCLUSIÓN

En esta segunda parte me permito superar los grupos de trabajo y aprovechar todo lo que he oído en estos días. Es evidente que de todo ello hago una lectura personal, lo mismo que cada uno de vosotros. Como cada uno de vosotros, tampoco es la primera vez que reflexiona sobre la oración. En lo más hondo de nosotros mismos, este encuentro con Dios (que es también encuentro cotidiano con nuestros hermanos) es sin duda lo que tenemos de más entrañable.

La oración es la toma de conciencia de nuestra relación con Dios. Una relación llena de amor por parte de Dios, una relación que quisiéramos

generosa y fiel por nuestra parte. Tanto Dios como nosotros, estamos interesados a la vez.

De nuestro corazón, en el sentido bíblico de la palabra, es de donde brota la oración, así como nuestra voluntad de consagrarnos. No es, pues, en primer lugar de nuestra inteligencia o de nuestra sensibilidad, pero sí de nuestro corazón, el lugar de nosotros mismos donde decimos: «yo». La oración es tan personal como el amor. Debe estar, por lo tanto, adaptada a lo que somos, hecha a medida, mucho más que un traje.

Se puede, pues, hablar de oración secular sin olvidar que si bien nuestra oración tiene rasgos comunes, ella es ante todo la oración de cada uno, original en cada uno.

A todos nos ha gustado la fórmula de la Srta. Miceli. La oración debe estar en «situación». El hombre que reza está en un contexto determinado.

Es éste o ésta, pertenece a tal familia, tal grupo. Tiene tal temperamento. Se reza con lo que uno es, allí donde uno se encuentra. Si esto es importante para cualquier hombre que reza, es todavía más importante para nosotros que no somos, o somos muy poco, dueños de las condiciones de nuestra oración. No es una hermosa flor que nace en un tiesto que se ha hecho para ella, sino que brota en plena tierra y a veces entre zarzas y piedras.

Insisto particularmente en nuestras solidaridades con un grupo, con una clase social, con un pueblo, de cualquier modo que entendamos esta palabra. Un militante cristiano reza en el seno de solidaridades obreras. Una estudiante japonesa reza en un mundo acristiano. Ella no se evade de él, sino que es solidaria. Quisiera remitiros a Moisés que aparece en el libro del Éxodo y en el libro de los Números como profundamente solidario con su pueblo, aunque sea un pueblo de dura cerviz. Él no abandona a un pueblo pecador.

Hay que añadir que nuestra situación, nuestras solidaridades no nos fijan en un estado estático, sino en un movimiento, en una historia. Creo que el cardenal Pironio ha empleado la palabra en su homilía. Nuestra oración debe estar plantada en una historia. Una historia a la vez humana y divina, historia de una liberación difícil, una historia que está a la vez iluminada por el amor de Dios y ensombrecida por nuestros pecados. Cualquiera que sea esa historia, nuestra oración no debe desertarla. Las dificultades, los sufrimientos y los pecados de la humanidad no deben

llevar a nuestra oración a emigrar a no sé qué falsos paraísos. Nosotros somos del mundo, este mundo que Dios ha amado tanto, que le ha dado a su Hijo, aunque en otro sentido no seamos del mundo. No somos espectadores de esta historia, sino actores, y nuestra oración es la de un hombre que vive esta historia.

Esta historia es una historia santa, la del nacimiento de un mundo nuevo, como nos lo ha mostrado, después de San Pablo, el Profesor Lazzati como lo diré de nuevo dentro de un momento. En esta historia todos tenemos un puesto y una función, una función que consiste en ordenar a Dios las realidades del mundo con nuestra acción cotidiana si somos laicos; con el anuncio de la Palabra de Dios, si somos sacerdotes o catequistas. Sea el que sea nuestro puesto en el mundo y en esta historia, nuestra oración, así como nuestra acción o nuestro ministerio no podrá ser intemporal.

He dicho que la oración es relación del hombre con Dios. Si el hombre está sumergido en una historia, Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, está animado por un gran amor. Es el Dios único, el Dios de Jesucristo, el único Dios a quien dirigimos nuestra plegaria, con quien entramos en relación. No hay otro Dios. Un Dios que ama, que es amor y que quiere arrastrar el mundo entero, toda la creación en el movimiento mismo que le anima. Tal es el proyecto de Dios; tal es la manifestación de su gloria en Cristo. Cristo debe someter todo, atraer todo para remitirlo al Padre, para entregarlo todo al amor a fin de que «Dios sea todo en todos», como lo dice San Pablo en el capítulo 15 de la primera epístola a los Corintios. Y no se trata solamente del mundo de las almas, sino de toda la creación. Como lo dice igualmente el Profesor Lazzati explicitando a San Pablo: «el término realidades temporales incluye la creación entera: personas, relaciones, cosas, las incluye en un dinamismo histórico, en el proceso de crecimiento y de transformación que la fuerza creadora ha impreso en ellas y que el hombre por su parte y según el mandato divino colabora a desarrollar».

Todos tenemos que apropiamos de esas realidades temporales en las que estamos inmersos para entregarlas a Cristo y al Padre.

Dejo a cada uno el cuidado de pensar al mundo profesional que es el suyo. Es ese mundo el que entregamos a Cristo para que sea arrastrado en el movimiento de la Trinidad. He aquí lo que piensa -si así se puede decir- el Dios con quien dialogamos en la oración. Tal es su proyecto. Un proyecto que no se realiza automáticamente, sino que, porque es un

proyecto de amor, está expuesto a los azares de la historia, a nuestra mediocridad y a nuestros pecados. El Dios que encontramos en la oración está en cierto modo comprometido en la misma historia que nosotros. Si es el dueño del campo, Él mira con nosotros el crecimiento del Reino. Comprueba con nosotros que ya la mies madura, o que las espinas han impedido que crezca el grano. Tenemos que mirar el mundo con la misma mirada de Dios. En la oración tenemos que ver en los ojos de Dios ese mundo nuevo que se forma con los vínculos que la caridad teje en el mundo. Encontrarse con la historia del mundo. Una oración que nos hiciera escapar de la historia del mundo y de nuestra acción en esa historia, no sería una oración cristiana porque no alcanzaría al Dios de Jesucristo, sino a una divinidad fruto de nuestra imaginación.

Me permito dar fin a mi conclusión. Nuestra oración es la expresión de lo que hay de más profundo en nosotros mismos. Está necesariamente situada como nosotros en un mundo en movimiento. Por eso, es a la vez expresión de nuestra consagración, punto de partida y fuente de la misión y por fin clave y, por decirlo así, lugar de la formación.

JEAN CANIVEZ

# AUDIENCIA CON EL PAPA PABLO VI

*Por:* Mercedes Ricaurte
con ocasión de esta Asamblea

# SALUDO AL SANTO PADRE

Santísimo Padre:

Con sentimientos de alegría nos encontramos reunidos a vuestro alrededor porque vemos en vuestra persona al Representante de Cristo en la tierra.

Hemos querido que nuestra Asamblea de Responsables Generales de Institutos Seculares se verifique en Roma para estar cerca de Vuestra Santidad y de quienes os representan, en esta ocasión: los miembros de la Sagrada Congregación de Religiosos y de Institutos Seculares que tanto trabajan por nosotros.

Tenemos grabadas en nuestros corazones las palabras de orientación y estímulo que hemos escuchado de vuestros labios en las dos anteriores reuniones internacionales: 1970 y 1972. Estas palabras estudiadas y meditadas en todos nuestros grupos a través del mundo, han trazado programas bien definidos para nuestra inserción evangélica dentro de las realidades terrenales.

En esta ocasión nos hemos reunido 170 miembros representantes de 87 Institutos de 20 países.

El tema de estudio de nuestra reunión ha sido primordialmente el de la oración, según el programa trazado en las siguientes líneas: «La oración, expresión de la consagración secular, fuente de la misión y clave de la formación». Este tema tan apasionante nos permite a la vez el realizar un estudio más profundo sobre nuestra oración y el medir los progresos realizados desde nuestra última Asamblea General sobre los trabajos efectuados alrededor de los puntos de consagración y formación.

Unas palabras más quisiera añadir: los Institutos Seculares han sido poderosamente ayudados por estos Encuentros Internacionales para profundizar su identidad y trabajar con mayor fruto dentro de su vocación específica. Se ha recorrido parte del camino, pero podemos madurar aún más en nuestra búsqueda. Esto en cuanto a la parte interna. En lo que toca a la externa debemos trabajar para que nuestro ideal se conozca más dentro de la Iglesia. En muchas regiones del mundo católico se ignora la existencia de esta forma de vida tan fructuosa para la labor evangélica, como lo es la levadura que fermenta toda la masa.

Este deseo nuestro nace como consecuencia del amor al ideal que ha llenado nuestras vidas y también porque cada día palpamos la fecundidad apostólica de nuestra entrega. Si nuestra labor como forma de consagración secular fuera más conocida, nuestra acción apostólica podría abrazar al mundo. Estos son nuestros deseos, Santísimo Padre, y aprovechamos esta ocasión para expresároslos.

Queremos repetiros, Santísimo Padre, nuestra profunda adhesión y nuestro deseo de colaborar con Vuestra Santidad en todos los campos que se nos señalen. Somos un ejército silencioso pero que quiere ser eficaz para llevar la palabra de Dios a todos los pueblos y a todos los ambientes.

Queremos repetiros también que nuestra oración está cada día con Vos para ayudaros y para agradecer vuestros trabajos como Pastor universal de la Iglesia.

Como una gran gracia que recibimos en el día de hoy, escucharemos vuestras palabras, para transmitirlas a cada uno de nuestros hermanos.

# MENSAJE DEL PAPA PABLO VI

# UNA PRESENCIA VIVA AL SERVICIO DEL MUNDO Y DE LA IGLESIA[4]

Queridos hijos y queridas hijas en el Señor:

Con mucho gusto hemos acogido la petición del consejo ejecutivo de la Conferencia Mundial de Institutos Seculares que, en su día, nos manifestó el deseo de tener este encuentro. En efecto, él nos ofrece la ocasión de manifestaros, con nuestra estima, las esperanzas de la Iglesia en el testimonio particular que los Institutos Seculares están llamados a dar en medio de los hombres de hoy.

No es necesario que nos detengamos a iluminar las características particulares que definen vuestra vocación, ya que, en sus líneas fundamentales, que son «una vida consagrada totalmente siguiendo los consejos evangélicos, y una presencia y una acción destinadas, con toda responsabilidad, a transformar el mundo desde dentro», estas características pueden ya ser consideradas como una adquisición cierta de vuestra conciencia institucional. Todo esto os lo hemos recordado con ocasión del 25 aniversario de la Constitución apostólica ***Próvida Mater*** (cfr. discurso del 2 de febrero de 1972).

Ahora, nuestro deseo es subrayar sobre todo el deber fundamental que deriva de la fisonomía que acabamos de evocar, es decir, el deber de ser fiel. Esta fidelidad, que no es inmovilismo, significa ante todo la atención al Espíritu Santo que hace nuevo todo el universo (cfr. Ap 21, 5). Efectivamente, los Institutos Seculares son vivos en la medida en que participan de la historia del hombre y testimonian ante los hombres de hoy el amor paternal de Dios revelado por Jesucristo en el Espíritu Santo (cfr. ***Evangelii nuntiandi,*** 26).

4 Los participantes a la Asamblea de Responsables Generales de Institutos Seculares tuvieron la gran alegría de ser recibidos en audiencia por el Papa Pablo VI el 25 de agosto de 1976. Reproducimos una traducción nuestra del texto oficial del discurso tal como fue publicado en *L'Osservalore Romano* en lengua francesa.

Si permanecen fieles a su propia vocación, los Institutos Seculares serán como «el laboratorio experimental» en el que la Iglesia verifica las modalidades concretas de sus relaciones con el mundo. Por esta causa, los Institutos Seculares deben escuchar, como dirigido sobre todo a ellos, la llamada de la Exhortación apostólica ***Evangelii nuntiandi:*** «Su tarea primera... es el poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas escondidas, pero a su vez ya presentes y activas en las cosas del mundo. El campo propio de su actividad evangelizadora, es el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas» (n. 70).

Esto no significa, evidentemente, que los Institutos Seculares, en cuanto tales, deban encargarse de estas tareas. Normalmente esto corresponde a cada uno de sus miembros. El deber, por tanto, de los Institutos mismos es formar la conciencia de sus miembros en una madurez y en una apertura que les impulse a prepararse con un gran celo en la profesión elegida, con el fin de afrontar después, con competencia y con espíritu de desprendimiento evangélico, el peso y las alegrías de las responsabilidades sociales hacia las que la Providencia les oriente.

Esta fidelidad de los Institutos Seculares a su vocación específica debe expresarse sobre todo en la fidelidad a la oración que es el fundamento de la solidez y de la fecundidad. Constituye por eso una gran alegría el que hayáis elegido como tema central de vuestra asamblea la oración, en cuanto que es «expresión de una consagración secular» y «fuente de apostolado y clave de la formación». Es decir, que vosotros estáis buscando una oración que sea expresión de vuestra situación concreta de personas «consagradas en el mundo».

Os exhortamos a proseguir esa búsqueda esforzándoos en obrar de tal manera, que vuestra experiencia pueda servir de ejemplo a todo el laicado. En efecto, para el que se ha consagrado en un Instituto Secular, la vida espiritual consiste en saber asumir la profesión, las relaciones sociales, el medio de vida, etc., como formas particulares de colaboración al advenimiento del reino de los cielos, y en saber imponerse tiempos de descanso para entrar en contacto más directo con Dios, para darle gracias y para pedirle perdón, luz, energía y caridad inagotable para con los demás.

Cada uno de vosotros se beneficia ciertamente de la ayuda de su Instituto, por las orientaciones espirituales que él le da, pero sobre todo

por la comunión entre los que comparten el mismo ideal bajo la dirección de sus responsables. Y, sabiendo que Dios nos ha dado su Palabra, el que está consagrado se pondrá más regularmente a la escucha de la Sagrada Escritura, estudiada con amor y acogida con espíritu purificado y disponible, para buscar en ella, como también en la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, una interpretación exacta de su experiencia cotidiana que vive en el mundo. De modo especial, apoyándose en el hecho mismo de su consagración a Dios, él se sentirá comprometido a secundar los esfuerzos del Concilio en favor de una participación cada día más íntima en la santa liturgia, consciente de que la vida litúrgica bien ordenada, bien integrada en las conciencias y en las costumbres de los fieles, contribuirá a mantener vigilante y permanente el sentido religioso en nuestra época, y a procurar a la Iglesia una nueva primavera de la vida espiritual.

La oración se convertirá entonces en la expresión de una realidad misteriosa y sublime, compartida por todos los cristianos, es decir, en la expresión de nuestra realidad de hijos de Dios. Ella será una expresión que el Espíritu Santo purifica y asume como oración suya propia, impulsándonos a gritar con Él: «Abba, es decir, Padre» (cfr. Rm 8,14ss.; Ga 4,4ss.).

Una tal oración, si llega a ser consciente en el contexto mismo de las actividades seculares, se convierte entonces en una expresión auténtica de la consagración secular.

Tales son los pensamientos queridos hijos e hijas, que hemos querido confiar a vuestra reflexión, a fin de ayudaros en vuestra búsqueda de una respuesta cada día más fiel a la voluntad de Dios, que os llama a vivir en el mundo, no para asumir su espíritu, sino para llevar a sus ambientes un testimonio susceptible de ayudar a vuestros hermanos a acoger la novedad del Espíritu en Cristo.

Con nuestra bendición apostólica.

# ESTUDIOS DE LOS GRUPOS DE TRABAJO

# CONSAGRACIÓN SECULAR Y MISIÓN[5]

Esta relación tiene por objeto destacar los puntos comunes que emergen de los estudios realizados por los grupos de trabajo sobre el tema «consagración secular y misión». Quiere también poner de relieve las aportaciones originales y los interrogantes que se plantean.

Se organizaron tres grupos de trabajo, los cuales suministraron un informe de sus estudios al Secretariado de la CMIS:

- un grupo de lengua francesa, representando seis Institutos, se reunió dos veces;

- un grupo de lengua alemana, representando cinco Institutos, se reunió también dos veces;

- por fin, dos Institutos se reunieron una vez en Colombia (América del Sur).

El Consejo ejecutivo había facilitado un guión de trabajo a los grupos, con el fin de unificar un poco estos estudios emprendidos a escala internacional, del que generalmente se han inspirado. Este guion proponía tres etapas:

1. un examen de los documentos oficiales de la Iglesia sobre los Institutos Seculares;

2. una mirada sobre la vida de los miembros: lo que viven y lo que quieren vivir como compromiso cristiano;

3. poner en relación los textos y lo vivido para evidenciar la concordancia entre los dos o su desfase.

Con el fin de facilitar la compilación y la lectura, esta síntesis se ha hecho alrededor de dos puntos solamente: los documentos y la vida.

5 Las Srtas. Gabrielle Lachance y M* Teresa Cuesta Polo resumieron en dos relaciones la aportación de los grupos de trabajo internacionales organizados por la CMIS y que han trabajado durante dos años, respectivamente sobre «Consagración Secular y Misión» y «La Formación».

# RESUMEN DE LOS ESTUDIOS

## A - Los documentos

Se han tenido en cuenta las constituciones particulares de cada grupo, así como los escritos oficiales de la Iglesia sobre los Institutos Seculares.

Por lo que se refiere a las primeras, se ha reconocido la necesidad de un acuerdo entre los textos de las constituciones y la vida de los miembros. Nos interrogamos: «Los textos de nuestras constituciones, ¿expresan bien nuestra vida y el carisma inspirador que dio nacimiento a nuestro Instituto?» Los textos deberían ser modificados regularmente, de manera que expresen lo mejor posible lo vivido por los miembros, y esto, en conformidad al carisma propio de cada Instituto.

En cuanto a los documentos oficiales que definen el Estatuto de los Institutos Seculares, se observa que a partir de *Primo feliciten* la Iglesia da un lugar más autónomo a los Institutos Seculares, un lugar al margen de la vida de las órdenes y de las comunidades tradicionales. Los discursos de Pablo VI van en este sentido y profundizan el papel de los laicos consagrados en la Iglesia y en el mundo. Sin embargo, la adecuación entre las expresiones de la misión apostólica y las aspiraciones de los miembros no se encuentra en el mismo grado. Así, los miembros, en general, se sienten menos «laicos que convierten la propia profesión cristiana en una energía constructiva dispuesta a sostener la misión y las estructuras de la Iglesia, las diócesis, las parroquias, de modo especial las instituciones católicas y alentar la espiritualidad y la caridad»[6]. Por el contrario, se sienten más «empeñados en la zona de los valores del mundo (...), no tanto para afirmar la intrínseca validez de las cosas humanas en sí mismas, cuanto para orientarlas explícitamente en conformidad con las bienaventuranzas evangélicas» [7].

---

[6] Pablo VI a los participantes al encuentro internacional de Institutos Seculares, el 26 de septiembre de 1970, en Los Institutos Seculares en el Magisterio de la Iglesia, Roma CMIS, 1974, p.59

7 Pablo VI a los Responsables Generales de Institutos Seculares, el 20 de septiembre de 1972, *Ibid., p.* 78.

No obstante, se recuerda, estamos en la Iglesia y la Iglesia siendo garante de la inspiración, de la orientación y de los medios de nuestra búsqueda de vida evangélica. Su papel es autentificar y salvaguardar la espontaneidad de la vida de los Institutos Seculares. Se comprueba que los textos oficiales de los Institutos y de la Iglesia no son suficientemente leídos, meditados y estudiados. El acento se pone mucho más en la vida que interpela constantemente a los miembros. Sin embargo, son los textos oficiales los que dan la orientación fundamental, orientación que influenciará la vida de los miembros, a condición de que la vida tenga a su vez una repercusión sobre los textos. Un ir y venir constante entre los dos es indispensable. Por fin, se observa, por parte de la Iglesia, una apertura a nuevos desarrollos en lo que se refiere a la expresión de la vida consagrada laical.

## B - La vida

*- Los Institutos*

Cada Instituto tiene un «rostro», un carisma que le es propio, de modo que aportará una contribución original a la Iglesia y al mundo. «A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad» (1 Co 12,7). Así, por ejemplo, un Instituto tiene una opción apostólica muy neta en favor de los más pobres, otro se caracteriza por su servicio en la Iglesia, otro por la mejora de las relaciones sociales, etc. Este carisma permite la identidad común de los miembros y la cohesión de la vida del grupo. Es la diversidad misma, de los carismas, la que hace que los Institutos presenten un aspecto pluralista que hay que aceptar y respetar si se quiere llegar a una verdadera «comunión». Se menciona que sería interesante hacer un balance de las divergencias como en la vida de los miembros.

El tipo de vida de los miembros ordinariamente no cambia exteriormente, al menos de manera espectacular, pero se opera una transformación en el interior de los individuos, y el origen de este cambio es la consagración. Se ponen de relieve tres puntos, que pueden ser como signos de esta transformación interior:

1. el celibato como consagración positiva de la disponibilidad hacia todos, orientada al Reino;

2. el estilo de vida sencillo, que nace de un deseo de fidelidad al Evangelio y de comunicación en todos los campos;

3. decisiones que se toman con espíritu evangélico y una vida también conforme al Evangelio, gracias a la ayuda del grupo. Se subraya aquí la pertenencia a un Instituto como una ayuda sumamente eficaz: las personas son también llamada, estímulo, interpelación recíproca. La fraternidad ayuda al miembro a comprometerse en el mundo, a partir de la fe.

- *La consagración*

La profesión de los Consejos Evangélicos no implica una nueva consagración: ella actualiza, de un modo nuevo, la consagración bautismal. Es un mismo espíritu de fidelidad al Evangelio el que debe animar a todos los cristianos, sea el que fuera su estado de vida. La diferencia sólo se encuentra al nivel de los medios elegidos para vivir esta fidelidad evangélica, no siendo éstos los mismos en la vida religiosa, la consagración secular o el matrimonio.

Las modalidades de la consagración secular son múltiples a causa de la situación social diversa de los miembros. Esta situación social hace al miembro solidario de todos los hombres. Se observa que el vocabulario que expresa habitualmente el contenido de la consagración ya no resulta apropiado a la vida de los miembros de los Institutos Seculares.

Para ayudar a corregir este defecto, los miembros de los Institutos Seculares deberían participar activamente, con los teólogos, en las reflexiones sobre la vocación de los laicos consagrados. Podrían hacer valer provechosamente los elementos de su consagración, ayudando así a expresar mejor el contenido.

- *La misión*

¿Cuál es la misión de un Instituto Secular? Es una misión de encarnación, de humanización del ambiente de trabajo y de vida. «En general, los Institutos Seculares no se asignan una misión determinada y precisa, sino que quieren ayudar a sus miembros a profundizar y a perfeccionar su espíritu apostólico». De aquí la importancia de la formación y de los medios puestos a disposición de los miembros para realizar esta misión apostólica.

Se menciona que existe la misión propia a un Instituto, y se añade: «Es juntos como debemos realizar la misión a la cual hemos sido llamados como Instituto».

Relaciones entre consagración y misión.

¿Hay acuerdo profundo o tensión entre estos dos aspectos de la vida del miembro de un Instituto Secular? No, pues los dos son vividos simultáneamente en los acontecimientos. La consagración lleva al centro de esta misión, que consiste en orientar los valores humanos hacia Cristo. Y es la consagración la que da un sentido y toda su orientación a la vida. El compromiso tiene incidencias en las opciones que hacen los miembros, opciones que van en el sentido de un testimonio cristiano para nuestro tiempo.

La confluencia de estas dos dimensiones se encuentra en la oración: es el punto donde la consagración y la misión nos ponen en relación con Dios y con los hombres de una manera privilegiada, gracias al Instituto que procura medios específicos (reglas de vida espiritual, formación, revisión de vida, etc.).

Algunos puntos sobre los que se ha insistido merecen ser expuestos brevemente:

- la oración individual y común, con la eucaristía como centro de esta visa de unión con Dios;

- el espíritu de pobreza, de comunicación, en todos los campos y con todos los desposeídos sociales;

- el testimonio evangélico que se ha de dar: saber estar con, compartir la vida de los conciudadanos, pero también ir en contra de las corrientes cuando lo exige el testimonio;

- la fraternidad: el grupo como sostén de los compromisos individuales;

- la formación y todos los demás medios que el grupo proporciona a los miembros para ayudarles a responder adecuadamente a la llamada.

Algunas preguntas han sido planteadas y han quedado sin respuesta:

- Llamados a vivir la perfección del Evangelio en el mundo y con los medios del mundo, la mayor parte del tiempo fuera de las instituciones de la Iglesia, ¿cómo deseamos ver respetada esta vocación en la Iglesia en que vivimos?

- ¿Cuál es nuestra actitud ante las necesidades concretas de la juventud?

- Una afirmación interrogativa: ¿No es precisamente una de las características de un Instituto Secular el estar siempre en búsqueda?

# PUNTOS DE REFLEXIÓN

Al final de este resumen, me gustaría primero exponer algunas reflexiones personales y después, a partir de los interrogantes planteados por los grupos de trabajo internacionales, destacar algunos puntos susceptibles de ser ahondados durante las discusiones que seguirán.

*Fidelidad a la tradición y renovación*

Me parece importante desarrollar una cierta actitud frente a la tradición en el momento en que tenemos que reflexionar y discutir sobre dos puntos que nos interesan más especialmente: la consagración a Dios y la misión apostólica

La reciente aparición de los Institutos Seculares, en la historia de la Iglesia, obliga justamente a sus miembros a pensar de una manera nueva el sentido de la consagración secular y de la misión que les está encomendada en la Iglesia. Esta reflexión, no estando sino en sus comienzos -pues la vida acaba de empezar para los Institutos Seculares-, necesariamente se enfrenta con dificultades inherentes a esta juventud.

En efecto, si por una parte nos hemos beneficiado de la larga y sólida tradición de la vida consagrada en la Iglesia para dar a nuestros grupos una base firme, por el contrario, tenemos que deshacemos de un calco, muchas veces demasiado fácil, respecto a la consagración y a la misión. Dicho calco sólo puede impedir una expresión auténtica de la naturaleza

y de la finalidad de los Institutos Seculares y perjudicar un testimonio válido de los miembros en su ambiente.

Es normal que en los primeros tiempos de la historia de los Institutos Seculares se observe esa estrecha relación a una tradición secular. Es cosa buena y necesaria. Sin embargo, sólo una cierta ruptura con esta misma tradición permitirá una reinterpretación de los elementos esenciales a toda vida consagrada en la Iglesia, frente a datos nuevos. En realidad, no se puede progresar sino integrando estos nuevos datos, y esto supone un cuestionamiento de los fundamentos mismos de la vida consagrada que estos nuevos elementos ponen a prueba.

La fidelidad a la tradición exige, pues, una continuidad con lo esencial y una ruptura, con lo accidental. Y la historia, o la vida, provocando la ruptura, permite continuar mejor la tradición. Por otra parte, ¿no es acaso lo que hacen sin cesar la Iglesia y los teólogos cuando interpretan y reinterpretan las Escrituras a medida que nuevos elementos hacen aparecer contradicciones en la vida?

Una actitud de búsqueda y de cuestionamiento que se inspire en un deseo sincero de continuar con más fidelidad la tradición no puede dejar de ser fecunda, pues permite seguir el movimiento mismo del Espíritu «que renueva sin cesar» (Sal 103,30).

* * *

* *

Reexaminamos ahora algunos elementos citados en los informes de los grupos de trabajo internacionales:

## 1. Consagración secular.

Por una parte, se insiste sobre la importancia de la consagración a Dios; por otra, se desea que las modalidades de la consagración secular se adapten mejor a las exigencias de la vida.

¿Cómo resolver tal problema? Quizás se podría hacer una primera separación distinguiendo claramente los elementos esenciales de la consagración (la naturaleza, el fin, las motivaciones fundamentales) y los elementos accidentales, que son formas de expresión de lo vivido. Se supone aquí que las realidades fundamentales son de orden teológico y que constituyen lo esencial de la tradición, mientras que todo lo que

hace relación al ámbito cultural no es más que un colorear periódica y circunstancialmente esta misma tradición.

¿Se llegará así a conciliar las modalidades de la consagración secular y las exigencias cotidianas de la vida de los miembros?

## 2. Unidad y pluralismo

El tema del pluralismo ha sido evocado también en los estudios de los grupos de trabajo internacionales. Se ha mencionado, entre otras cosas, que «aun si presentamos grandes diferencias, apuntamos al mismo fin».

Si la unidad reside en los elementos esenciales que, en principio, deberían ser los mismos para todos los Institutos Seculares; si, por otra parte, el pluralismo existe a nivel de los elementos accidentales, de las formas de aplicación, de los carismas particulares y de las expresiones culturales, ¿no se podrían encontrar, de manera concreta, los puntos de unidad y de pluralismo?

Nuestro diálogo, ¿no corre el riesgo de ser relativamente superficial y nuestra unidad precaria si nos limitamos a un esfuerzo de aceptación de nuestras diferencias, pues todos estamos condicionados por nuestra formación, nuestra mentalidad, nuestra cultura? «Hay que relativizar para ir a lo esencial. Y cuando se va a lo esencial, uno se da cuenta que no vale la pena bloquearse en lo relativo. Lo esencial está allí donde se juegan las cosas importantes. Todos los caminos, cuando son auténticos, convergen» *(Serge de Beaurecueil, misionero en Afghanistan).*

## 3 Misión general y particular

Al leer los informes, se observan indicaciones imprecisas en cuanto al sentido de la misión general de los Institutos Seculares en la Iglesia y a la responsabilidad que tienen, como grupo, de cara a la realización de la misión particular de cada miembro.

¿No convendría, también aquí, clarificar el sentido que adquiere la misión para el Instituto según su nivel?

- Los Institutos Seculares, en cuanto entidad, tienen una misión común que les viene indicada en los documentos del magisterio de la Iglesia y que es distinta de la que ha sido encomendada a otros grupos.

- Cada Instituto, a su vez, tiene un carisma propio, se ha mencionado en los informes. En él está su manera propia de interpretar y de realizar la misión general de los Institutos Seculares.

- Los miembros también están llamados a vivir de manera personal el carisma de su Instituto.

Cuando se hace mención de que «los Institutos Seculares no se atribuyen una misión determinada y precisa, sino que quieren ayudar a sus miembros a profundizar y a perfeccionar su espíritu apostólico», es evidente que se tiene un punto de vista diferente del que hace afirmar que solamente juntos debemos realizar la misión a la cual hemos sido llamados en cuanto Instituto. ¿Cuáles son estos puntos de vista y en qué son conciliables o no?

¿Cómo se inscribe cada misión individual en la misión del Instituto? ¿Cómo se integra, a su vez, esta última en la misión general de los Institutos Seculares para ampliarse a las dimensiones de la misión de la Iglesia: «Reuniendo todas las cosas bajo una sola Cabeza, Cristo» (Ef 1,10)? Y, ¿cómo difiere la misión del Instituto, según se considere éste en cuanto entidad depositaria de un carisma propio o un medio elegido por el miembro, para realizar su vocación en la Iglesia?

## 4. Papel de suplencia - papel de presencia en el mundo

Un último punto a destacar: un grupo de trabajo ha señalado que la Iglesia ha evolucionado en la definición de la misión de los Institutos Seculares y, desde *Primo feliciter,* da un lugar más autónomo a estos últimos. Quizá sea provechoso, en este momento, reflexionar sobre los dos aspectos de esta misión:

a) la misión de suplencia de las comunidades religiosas, tal como se menciona en *Próvida Mater,* y

b) la de presencia en el mundo, definida más claramente en *Primo feliciter.*

Se sabe, a ciencia cierta, que varios Institutos han pasado del primer papel al segundo desde su fundación. Ahora bien, ¿cuáles son los criterios en los que nos podemos basar para justificar la existencia del papel de suplencia y cuándo se debe abandonar este papel para responder mejor al de presencia en el mundo?

* * *

* *

A guisa de conclusión, y para no olvidar el tema central de esta Asamblea: «La oración como expresión de una consagración secular, manantial de la misión y clave de la formación», recordaré aquí algunos puntos desarrollados por los grupos de trabajo sobre la oración y que pueden servir de nexo. Se ha dicho ya que la oración es el punto en que la consagración interviene como el firme apoyo de la misión. Pero para que la oración sea eso, se indica que debe responder a ciertas condiciones: que sea una oración de laico, es decir, que sea tal que todo laico pueda emplear esa forma; debe ser evangélica y litúrgica, con la eucaristía en su centro. Más que un medio, debe ser una actitud que tiene como consecuencia una vida de fe.

GABRIELLE LACHANCE

# LA FORMACIÓN

## Introducción

Antes de dar lectura al INFORME-SÍNTESIS de los trabajos efectuados sobre la Formación, estimamos indispensable ofrecer a la Asamblea el curso que se ha seguido en el estudio de esta línea formativa desde el encuentro internacional en «Nemi» hasta el momento en que nos encontramos.

En la Asamblea General de septiembre de 1972 se aprobaron como líneas de búsqueda para este período de cuatro años de la CMIS:

- La Consagración y Misión y
- La Formación para el Apostolado.

Los Estatutos de la Conferencia en el art. 14 contemplan la creación de GTI[8]. Tales grupos fueron constituidos por el Secretariado de la CMIS y han venido trabajando hasta hace pocos meses.

En el seno del Consejo Ejecutivo se acordó formar lo que hemos denominado «secciones» en vistas a seguir más de cerca, orientar, estimular y coordinar el estudio de cada una de las líneas trazadas.

En este sentido, la sección de Formación que nos ocupa ha elaborado varios guiones o esquemas para facilitar la reflexión de los grupos.

Los GTI teóricamente ideales, han tropezado con no pocas dificultades de orden práctico para trabajar, conforme a su denominación, como auténticos Grupos Internacionales.

Según los datos, los GTI constituidos en orden a la Formación han sido tres de lengua francesa[9].

Por razones que no es del momento analizar, no han existido Grupos de lengua italiana, alemana, ni española, si bien en estos países, a nivel de Conferencia, se ha trabajado en dinámica de grupo y con participantes de distintas nacionalidades -en algunos casos- como lo demuestran los resultados de que hemos dispuesto a la hora de elaborar el informe.

8 GTI: Grupos de trabajo internacionales.
9 Originariamente uno de estos grupos era de lengua inglesa (N.d.R.).

(Es una observación digna de evidenciar que casi el ciento por ciento de los componentes de los estudios realizados han sido mujeres).

La sección del Consejo Ejecutivo sobre la Formación, en detenido estudio sobre el modo de canalizar los trabajos, acordó considerar material apto para la síntesis que ofrecemos:

- los trabajos de los GTI (ya mencionados);

- los trabajos efectuados a nivel continental (Colombia);

- los estudios de Conferencias nacionales realizados en dinámica de grupo (Italia, Alemania, España...).

La citada Sección en reunión con el Consejo Ejecutivo de enero del año en curso decidió el modo de dar cuenta a la Asamblea. A saber:

- Informe-síntesis de todos y cada uno de los trabajos efectuados.

- Exposición de los puntos comunes que emergen de dichos trabajos, aportaciones originales y cuestiones no abordadas o que se plantean como posibles interrogantes.

I

# INFORME-SÍNTESIS DE CADA UNO DE LOS ESTUDIOS EFECTUADOS

## GRUPO DE LENGUA FRANCESA (I)

Están representados en este Grupo tres Institutos, ubicados en Austria, Italia y Francia.

En un primer momento analiza el mundo en que vive el miembro de un Instituto Secular al que hay que transformar. Lo contempla como obra de Dios, en su bondad y su belleza, dislocado, al tiempo, por el pecado y sus consecuencias.

La vocación de los Institutos Seculares se considera como la toma de conciencia del plan salvífico de Dios, realizado en Cristo y asumido en total entrega mediante los Consejos Evangélicos permaneciendo, entre tanto, en las condiciones ordinarias de la vida. Hace notar este trabajo los elementos comunes a todo Instituto Secular como base para la formación.

En virtud de su peculiar llamada, el miembro del Instituto Secular, aunque apoyado realmente por el Instituto, se encuentra solo.

La formación del miembro debe atender a tres problemas fundamentales:

A) - encontrar la propia identidad;

- como laico consagrado y
- en cuanto miembro de un determinado Instituto.

Con ello descubrirá desde el principio su lugar en la Iglesia y en el mundo.

B) Ayudar al miembro, desde el comienzo, a encontrar el equilibrio entre la plegaria y el trabajo. La unificación en el corazón, mediante el espíritu de plegaria, es la fuente de paz, bienestar y equilibrio.

Este trabajo concede singular relieve a la formación en una vida interior «adulta» que informa toda actividad y es compatible con las ricas y variadas formas de relaciones humanas.

C) Formar al miembro para que se centre sólo en Dios después de haber descubierto su vocación. Es labor de los responsables ayudar a ver la relatividad de la eficacia de los medios meramente humanos.

Pasa después este GTI a analizar lo que considera uno de los mayores peligros en la realización vocacional del laico-consagrado: la tendencia a contar principalmente con las posibilidades y competencias humanas. Hace notar cómo, progresivamente, se debe impulsar al miembro a dejarse educar por la cruz de Cristo y a vivir bajo la moción del Espíritu, siendo la fe la luz que dé sentido a todas las situaciones concretas a que el hombre está sometido. De aquí deduce la necesidad de una formación humana y doctrinal, basada esta última en la profundización de la Escritura y una completa formación teológica, como medio de cultivo espiritual y de atención al mundo.

## Medios de formación

Hace una enumeración de los mismos, poniendo de relieve las similitudes entre los tres Institutos que componen el grupo, a pesar de la diferente espiritualidad.

- Ejercicios Espirituales (retiro anual). Durante ellos hay siempre un tiempo fuerte de silencio seguido de algún día de encuentro fraternal, en orden al mutuo enriquecimiento.

- Retiro mensual que debe llegar, en su contenido, a todos los miembros dispersos.

De la experiencia que ha proporcionado este trabajo de grupo concluyen la eficacia de celebrar encuentros de diferentes Institutos, como ayuda para la realización de la misión y como factor de unión.

## Etapas de formación

Los tres Institutos representados tienen en cuenta etapas de formación. Les son comunes:

1. La de acercamiento al Instituto; puede oscilar de uno o dos años. En este tiempo el futuro miembro conoce el Instituto y éste a aquél.

2. Tiempo de formación propiamente dicho. Puede durar uno o dos años. Durante él, el miembro se ensaya en la vida del Instituto. Esta formación se realiza en el medio ambiente en que la persona se desenvuelve. Llama la atención sobre la dificultad que esta circunstancia entraña para los formadores.

3. Formación durante la consagración temporal en vista al compromiso perpetuo o al simple renovable, definitivo en la intención.

4. La formación permanente. Se pone de manifiesto la importancia del grupo en la formación y el papel fundamental de los Responsables de la misma.

Tratada convenientemente la formación en los elementos comunes, se hace una exposición de lo que distingue a cada Instituto, de los que han integrado el grupo, por las influencias que estas diferencias deben tener necesariamente en la formación:

A) En uno de los Institutos existe una responsable de cada grupo y una general que, con las demás, planifica la formación. Se procura que no sea teórica. Se cultiva especialmente la presencia de Dios.

B) Otro está integrado por vírgenes, casadas y viudas con voto de castidad conforme a su estado. Su espiritualidad es la nupcial. En la formación, además de lo común a todos los Institutos, se prevén encuentros que atiendan a los problemas específicos de célibes, casadas y viudas.

C) En un tercero, la formación está basada toda sobre una vida dominicana, caracterizada por la plegaria, el estudio de la Escritura y los estudios humanos, dando un culto especial a la Virgen María. Los miembros pueden elegir entre varias responsables aquélla con la que se puedan expresar más libremente.

## Conclusión

Concluye este grupo constatando la necesidad de la formación y de que las Responsables de la misma sean competentes; la consideran como la tarea más importante de cara a un futuro esperanzado de los Institutos Seculares.

# GRUPO DE LENGUA FRANCESA (II)

El trabajo, en su conjunto, se divide en cuatro apartados elaborados por cada una de las componentes del equipo:

## I La identidad del laico consagrado

1. La tesis de este trabajo gira en tomo a la Encamación del Verbo en cuya perspectiva encuentra el laico consagrado su misión y de donde deriva la línea fundamental de la formación en los Institutos Seculares.

2. El punto de partida para aplicar el principio anterior es asimilar el misterio de la Encamación, que comporta, a lo largo de toda la vida, permanecer en la difícil posición de una especie de «dolorosa división interior». La Encamación se vive en una situación en la cual la unidad Dios-mundo se hace a precio de una continua y típica ascesis.

3. En la óptica de la Encamación la ascesis de los Consejos Evangélicos toma una forma original según la particular misión que une Dios a los hombres.

4. La formación del laico consagrado debe tratar de hacer posible la perfecta unión de esas dos dimensiones:

- unión con el Padre en Cristo y
- verdadera participación en la vida de los hombres.

La síntesis de ambas dimensiones es el aspecto más difícil.

La formación, en esta perspectiva, debe hacerse al menos dentro de tres líneas:

- *psicológica*
- *cultural y social*
- *ascética*

## II. Unidad y pluralismo

1. La unidad y el pluralismo, un problema eclesial:

a) El pluralismo, nacido de la concepción cristiana sobre el contenido de la fe y sobre los diferentes comportamientos éticos, es una realidad constatable en la Iglesia.

b) El pluralismo teológico es un hecho por cuanto la revelación de Dios en Cristo no nos es expuesta de una manera única; se expresa en lenguajes diferentes; se percibe hoy que el pluralismo pertenece a la historia de la realidad humana.

2. La unidad y el pluralismo en los Institutos Seculares.

La realidad donde deben moverse los Institutos Seculares es de un gran pluralismo, según la constatación anterior y en razón de su intrínseca actitud por la realización del Reino. Los Institutos son, por otra parte, una comunidad de vocación y misión: ¿cómo encontrar la postura que satisfaga ambas realidades co-esenciales? Es éste un problema fundamental.

3. Márgenes legítimos del pluralismo en un Instituto Secular.

Los distintos modos de ser y las variadísimas formas de actuar deben encontrar su unidad en el carisma.

4. Algunos puntos para evitar los pluralismos ilegítimos en los Institutos Seculares:

- Diálogo franco.
- Fe en la comunidad o grupo.
- Participación y corresponsabilidad.
- Actitud de obediencia al Espíritu.

Este estudio concede el principal papel a los responsables en el cuidado de estas actitudes que garantizan, en último término, el carisma. Revisar estas actitudes debería ser una labor cotidiana de todos los miembros desde el comienzo de la formación.

## III. Nuestra comunión con la Iglesia y cómo formar en ella

1. Comienza el trabajo con una definición sobre la Iglesia (a través de las diferentes imágenes de la ***Lumen gentium***) base de las reflexiones posteriores.

Acentúa dos aspectos fundamentales:

- la Iglesia como pueblo de Dios y
- como Cuerpo místico de Cristo.

2. Importancia de la aprobación de los Institutos Seculares por la Iglesia. Analiza esta cuestión desde dos vertientes:

a) La importancia de la aprobación para la comunidad.

Según el ***Primo feliciter*** y la ***Próvida Mater*** es indispensable la aprobación de la Iglesia para la existencia de derecho de una determinada comunidad (Instituto).

La aprobación significa:

- garantía de la misión del Instituto y
- una particular incorporación como comunidad a la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

b) La importancia de la aprobación para cada miembro.

Significa que:

- el camino elegido está conforme con el Evangelio;
- el don total de la persona es acogido por la Iglesia a través de los responsables.

3. Nuestra comunión, unión con la Iglesia. Según este trabajo la unión con la Iglesia se logra y afianza:

a) ortológicamente mediante la vida sacramental; sobre todo por el Bautismo y la Eucaristía (LG 11).

b) esta unión se expresa en la aceptación del magisterio;

c) se profundiza mediante la plegaria litúrgica;

d) es un medio excelente de comunión con la Iglesia la participación en sus actividades apostólicas;

e) se intensifica la mencionada unión con la vivencia del propio carisma de la secularidad consagrada.

4. La formación de los miembros en la comunión con la Iglesia. Toda formación religiosa trata de lograr que el cristiano alcance la madurez en Cristo. Ser cristiano es solamente posible cuando se es miembro de la Iglesia. De aquí que toda formación cristiana encierre una formación en la comunión con la Iglesia. Considera este trabajo como vías concretas para la formación en este «sentir con la Iglesia»:

a) La formación teórica en todos los aspectos de la vida de la Iglesia, incluida la doctrina respecto a los Institutos Seculares, para saberlos enraizados en la Iglesia misma.

b) La formación práctica. La considera todavía más importante a tenor de esta expresión de Pablo VI: «para el estudio del misterio de la Iglesia es más importante la experiencia del alma fiel que la sola teología. Pues el misterio debe ser antes objeto de una experiencia vivida que de una aprehensión intelectual».

De aquí se deduce fácilmente cómo el estudio hace notar la ineludible necesidad de formar al miembro en la práctica de las enseñanzas apuntadas en el apartado «3». Así:

- en la participación regular de la vida sacramental;
- en el amor y la comprensión de la plegaria litúrgica;
- en la participación en las actividades apostólicas de la Iglesia;
- en la concepción de una Iglesia humano-divina que permita sobrepasar toda dificultad y descubrir siempre la continuidad viviente de Cristo Jesús;
- en el consentimiento universal en materia de fe y costumbres.

Durante toda la tarea formativa en la comunión de amor con la Iglesia desempeña un papel importante la vida de fe del Responsable mismo.

## IV. Algunas indicaciones sobre la oración y la formación en ella

Comienza el trabajo subrayando la necesidad vital de la oración para todo cristiano y de una manera más exigente todavía para los miembros de los Institutos Seculares, dada la enorme presión que sobre ellos ejerce el mundo de hoy.

Anota a continuación la apremiante tarea de comenzar formando a los miembros sobre:

- la naturaleza de la oración;
- la necesidad de la misma y
- la preparación para superar todas las dificultades que puedan presentarse.

* * *

* *

Trata seguidamente de la naturaleza de la oración, pasando después a enumerar algunos aspectos prácticos de la formación en la oración, en vistas a soslayar o encauzar las dificultades que para este ejercicio presenta el mundo contemporáneo. Concluye el trabajo con una referencia amplia a la formación en la oración, haciendo especial hincapié en el papel del Responsable como orientador de la personal vida de oración.

# GRUPO DE LENGUA FRANCESA (III)

Este grupo, en las tres reuniones celebradas, ha centrado su reflexión sobre siete puntos fundamentales:

1. Discernimiento de las vocaciones.

Se ha limitado a constatar la falta de vocaciones en el mundo de hoy y a bosquejar las que pudieran ser causas de la falta de las mismas. Pone en evidencia cómo la forma de discernir la vocación a la consagración en los Institutos Seculares debe hacerse a partir de la secularidad y de la vida de fe.

2. Formación de la persona humana en la fidelidad a Cristo y a los hombres.

Considera que la formación debe comprender el desarrollo de la persona en todos sus aspectos: contempla al hombre en el plano humano y el plano de la fe, evitando toda visión parcial.

Tiene en cuenta las diferentes personalidades y estima indispensable formar en una concepción del hombre en cuanto hijo de Dios y hermano de los otros hombres. De este principio y en consecuencia con él deduce unas líneas prácticas de formación humano-cristiana. Una formación que hace del hombre un ser libre en Cristo Jesús y, en Él, liberador.

Estima que el Instituto, como fraternidad dinámica, debe realizar la misión constructiva de cada miembro.

3. Formación en los Consejos Evangélicos, teniendo en cuenta las formas de expresión perceptibles por los hombres de nuestro tiempo.

a) En primer lugar nos da una visión evangélica de la pobreza enraizada fundamentalmente en la de Jesucristo. Considera después que la pobreza debe ser vivida como una participación real en la de los «otros». Otro aspecto de la misma es la solidaridad en sus más variadas formas de expresión. Señala que los términos de participación y solidaridad tienen una especial resonancia en los miembros de los Institutos Seculares que tratan de seguir la pobreza de Cristo que se hizo pobre entre los pobres, siendo solidario con ellos y participando de su condición.

b) Obediencia. Como en la pobreza, aquí también nos ofrece primero el fundamento teológico de este Consejo Evangélico.

El miembro vive fielmente su vocación y su misión mientras se esfuerza por descubrir la voluntad de Dios en la Iglesia, el Instituto, la profesión, los acontecimientos. Confía a los responsables la misión de decir la última palabra cuando es necesario, supuesta la búsqueda previa del querer de Dios por parte del grupo. Trata de formar a los miembros en una obediencia disponible, creativa, corresponsable y libre mediante el diálogo con los responsables, el grupo, así como en la confrontación con la palabra de Dios y el espíritu del Instituto.

c) El celibato consagrado. Puesta la base evangélica del celibato consagrado por el Reino de los Cielos, acentúa la necesidad de formar para asumir consecuentemente esta condición y las dificultades que tal vida comporta. Evidencia la importancia de una educación de la afectividad y de la sensibilidad en vistas a las relaciones con el sexo contrario.

4. *«Sentiré cum ecclesia»: nuestra comunión con la Iglesia y cómo formar en ella.* Se subraya bajo este epígrafe el deber de formar en el amor a la Iglesia, a pesar de las dificultades que hoy puede entrañar; para ello es fundamental dar a los hombres el sentido de misterio de la Iglesia. Se hace necesario también formar en un verdadero espíritu crítico que lleve a los hombres a discernir las exigencias eclesiales en medio de todos los condicionamientos históricos, culturales e ideológicos.

5. Cómo formar en el espíritu de oración. En relación con este punto se hacen una serie de afirmaciones sobre lo que se considera naturaleza o exigencias de la vida de oración. De ellas destacamos:

- la absoluta necesidad de la oración en la vida consagrada;

- son indispensables los tiempos consagrados exclusivamente a este ejercicio;

- hay que educar las facultades del hombre, en particular la voluntad, para la oración;

- es de singular importancia el respeto a las diferentes formas de oración;

- la fidelidad a la oración debe verificarse siempre en la comunidad o con los responsables;

- es indispensable, para formar en la oración, experimentar y vivir lo que ella misma significa.

6. La armonía del carisma propio de cada miembro con el carisma de cada Instituto. Se empieza por un interrogante: ¿cómo se vive el carisma del Instituto en todas las orientaciones de la vida: relaciones, familia, profesión...? Se afirma que tal armonía no carece de dificultades. Para salvarlas se requiere:

- por una parte, que el Instituto acoja al individuo con todas las peculiaridades y circunstancias que rodea su vivir;

- por otra, que el miembro, en la confrontación con los demás, sea consecuente con el compromiso libremente adquirido. Es preciso revisar las motivaciones que unen profundamente, sobrepasando las diferencias de lengua, raza, medio ambiente...

7. Etapas de formación. Señala dos etapas fundamentales haciendo constar que ambas tienen un fin común. Antes de entrar de lleno en el contenido de la formación -inicial y permanente- y sus medios, observa que hay aspectos de la formación de la persona en los que el papel del Instituto se limita a estimularlos y orientarlos.

Para este equipo son importantes, dentro de la *formación inicial,* los siguientes puntos:

- no sacar al miembro del propio ambiente para formarlo, aprovechando todas las posibilidades dinámicas de la sociedad de hoy;

- considera que este tiempo de formación puede oscilar de 2 a 4 años, conforme a la madurez de cada persona;

- da importancia a: los contactos personales, el diálogo con los responsables, la educación en el sentido comunitario y la experiencia de la soledad.

Se mencionan como medios de formación: trabajos de equipo, mesas redondas, revisión de vida, escucha de la palabra de Dios, retiros, ejercicios, cintas magnetofónicas -utilizadas sobre todo por los que están solos- así como la correspondencia y las visitas.

En la formación permanente se cuida que los medios sean esencialmente los mismos que para la inicial. Señalan además como principales los reencuentros previstos -para regiones o zonas- periódicamente. Los temas para desarrollar son parte de un programa anual, previamente

elaborado. Otros encuentros reúnen a los delegados de las zonas con la comisión central.

Encuentros anuales de responsables locales.

Week-end de formación con temas siempre nuevos o tratados de diferente modo.

Sesiones de estudio de profundización de nuestra vocación como Instituto Secular.

Publicaciones con temas de interés...

* * *
* *

# COLOMBIA

Este trabajo está realizado por cuatro Equipos, siguiendo, más o menos de cerca, el guion de orientación propuesto por la sección del Consejo Ejecutivo encargada de la línea formativa. El esquema consta de los siguientes puntos:

a) Formación de la persona humana en todos sus aspectos, a nivel de los valores humanos y a nivel de la fe.

b) Formación en los Consejos Evangélicos y en la práctica del apostolado. Manera de vivirlos en la secularidad consagrada.

c) Formación teológica como base sólida para expresar el mensaje de la salvación en conceptos y lenguaje adecuados al hombre de hoy.

d) Formación específica del carisma propio de cada Instituto: vivencia de su espiritualidad y de su misión.

En la primera parte, tratada con amplitud, expone en un primer momento el ideal de la madurez humano cristiana y después desarrolla los medios para formar en una tal madurez. En un último epígrafe hace referencia a la importancia que tiene, para los miembros de los Institutos

Seculares, la adquisición de una cultura general y la preparación técnico profesional.

En la segunda parte del trabajo, referida a los Consejos Evangélicos y al apostolado, después de una introducción sobre la consagración, desarrollan cada consejo, deteniéndose en la línea formativa de cada uno de ellos. Habla también del apostolado como expresión de la consagración trazando unas líneas de formación para el apóstol seglar.

Mencionados los aspectos de una formación integral, subraya la necesidad del equilibrio entre contemplación y acción, indispensable para que la obra apostólica sea eficaz. Hace después una enumeración de los medios y métodos a emplear en orden al fin propuesto, tanto en la formación inicial como en la permanente.

La tercera parte del trabajo se divide a su vez en dos:

- En un primer momento se hace un análisis de los signos de nuestro mundo: positivos y negativos, según la situación del país. De aquí se desprende la necesidad de una formación teológica sólida y adaptada al modo de ser del hombre de «hoy».

- En la segunda parte plasman las que consideran bases para expresar el mensaje en conceptos y lenguaje adecuados.

Finaliza con un programa de estudios teológicos.

Se concluye este trabajo con un estudio sobre el carisma propio de cada Instituto, en el que se destaca la necesidad de conocerlo, amarlo y vivirlo. Se hace referencia, después, a los métodos para formar en esta dimensión en orden a la formación integral. Se subraya el papel de los Responsables y del grupo en la formación institucional.

# CONFERENCIA ESPAÑOLA (CEDIS)

La Conferencia Española de Institutos Seculares -CEDIS- ha realizado un trabajo sobre la Formación a lo largo de tres años. Han participado aproximadamente 25 miembros que representaban a 8 Institutos, formando grupos mixtos en zonas diversas de la nación. Ha existido un equipo central encargado de sintetizar las aportaciones de los mencionados grupos. (Entre los miembros activos han estado presentes varios países dando así un carácter, de algún modo, internacional a los trabajos de la Conferencia).

El esquema base de estudio ha sido común, abarcando ocho puntos que incluyen otros tantos aspectos.

I. Comienza el trabajo haciendo una breve exposición en tomo a la necesidad de la formación basada en el pensamiento conciliar: «Los Institutos Seculares no pueden cumplir tan alta misión si sus miembros no se forman cuidadosamente en las cosas divinas y humanas». Pasa después a desarrollar los objetivos de la formación desglosados en:

- generales y
- específicos

Por los primeros se trata de conseguir que se forme un auténtico miembro de Instituto Secular, con su triple característica: Consagración-Secularidad-Apostolado.

Los específicos pretenden que el miembro adquiera el estilo propio de cada Instituto y que el Instituto pueda reconocerse en él.

Esta primera parte del trabajo ha dado lugar a amplios estudios sobre Consagración-Secularidad-Apostolado y Carisma.

II. El segundo epígrafe del esquema trata de analizar, en un primer tiempo, los aspectos a tener en cuenta, siempre que se trate de formar a la persona en cuanto tal.

En segundo término se ha logrado un intercambio de experiencias, entre los Institutos participantes, referente a los miembros en formación en la etapa inicial: edades, procedencia, diversidad de países y lenguas,

preparación predominante... Se han tenido en cuenta, en este momento, los aspectos determinantes de los mismos Institutos y su necesaria influencia en el miembro en formación. Por último, este apartado aborda el análisis del ambiente o ambientes en que ha brotado la llamada; es decir se han estudiado «los signos de los tiempos» (evoluciones y cambios, aspectos positivos y negativos, valores y contravalores en cuanto a la vida cristiana y el panorama eclesial...).

III. La tercera parte del esquema centra su estudio sobre los contenidos de la formación. Abarca nueve apartados; clarificación que se hace atendiendo a razones prácticas pero teniendo en cuenta que tales aspectos son inseparables, están implicados unos en otros y deben impartirse de modo armónico e integral. Así se estudia la formación humana, ambiental, espiritual, apostólica, teológica, eclesial, institucional, intelectual y profesional.

IV. El apartado sobre las características de la formación, expresadas como: integral, armónica, genérica, personalizada y que promueve el sentido de la responsabilidad, parte de que la educación integral es aquella capaz de poner unidad en todos los aspectos de la vida de un hombre, considerando el todo en una unidad armónica y profunda que corresponda a la perfección que exige como ser humano.

Al decir genérica se refiere a aquellos contenidos, aspectos, conceptos... que deben ser patrimonio de todos los miembros, es decir que han de ser asumidos por cada uno de ellos. En cuanto a personalizada, funde el aspecto de la singularidad del individuo y su carácter social por cuanto él es el autor de su propio progreso en la actividad y en la comunicación.

V. Los Institutos representados están de acuerdo en señalar dos etapas en la formación:

- fundamental o básica;
- permanente o continuada;

estudiando ambas bajo una doble dimensión: teórica y práctica.

VI. El apartado referente a la metodología de la formación fundamenta, en primer lugar, la necesidad del uso del método, aduciendo razones de orden lógico y psicológico, además del valor educativo que el método encierra en sí.

Los modos y medios de formación que emplean los diferentes Institutos se han englobado en tomo a las dos vertientes fundamentales del comportamiento humano: individualidad y socialización. En relación con esta parte tan concreta de la tarea formativa ha existido un amplio intercambio de experiencias que la misma Conferencia ha calificado de muy enriquecedor.

VII. Al tratar del Responsable de la formación se ha llevado a cabo una puesta en común -primero a nivel de los grupos y después en la Asamblea General- acerca del planteamiento que cada Instituto tiene hecho sobre la persona o personas que responden de la formación, tanto en la etapa inicial como en la permanente. En este sentido se ha reflexionado ampliamente sobre las notas que deben estar siempre presentes en la persona del formador.

**VIII.** Finalmente y teniendo en cuenta las distintas posibilidades de constitución de grupos de formación en el seno de los Institutos, se estudió la influencia de ellos en el miembro que se forma.

* * *

* *

# ALEMANIA

Las siguientes reflexiones son fruto de un equipo de trabajo alemán reunido en febrero de 1973.

1. Este trabajo parte de un análisis de la situación del mundo con unos signos (positivos y negativos) que han de tenerse en cuenta a la hora de formar. Pasa después a estudiar:

2. Los fines de la formación.

Los Institutos Seculares, llamados a responder a las necesidades y exigencias de estos tiempos, tienen unas finalidades comunes a todos ellos en la formación de sus miembros:

a) Tratar de formar un nuevo tipo de hombre, según los Consejos Evangélicos e insertado en el desarrollo vital de la Iglesia.

b) Sólo es soporte apto para este tipo de hombre aquel que ofrece una personalidad independiente, madura, espiritualizada y creativa.

c) Dada la situación vital de los Institutos Seculares, solamente podrán alcanzar su finalidad con un mínimo de lazos externos y muy profundos los internos.

d) La competencia en la profesión y el sentido de responsabilidad se señalan como indispensables para el cumplimiento de la misión.

3. El método de formación.

Se determina según la finalidad de los Institutos. Distingue, este trabajo, dos aspectos en el método:

a) Formal. Dentro de este aspecto incluye:

- necesidad de cuidar constantemente el espíritu, consagrando a este quehacer de períodos debidamente programados;
- la educación espiritual de los miembros de modo habitual;
- el cultivo de las facultades afectivas;
- autoeducación.

b) Material. Se apoya en la relación objetiva de la persona. Contiene las relaciones:

- Con Dios.
- Sociales.
- Hacia la propia persona, relación-yo.

Se detiene en la enumeración de medios para el cultivo de esta triple relación.

4. Programa de formación.

En este epígrafe se manifiesta la variedad de Institutos participantes. Los programas pueden desarrollarse tanto en tiempo de formación común como en tiempo de formación dispersa mediante cursos por correspondencia, reuniones de equipo, etc.

Cada Instituto posee sus propios criterios de selección y de tiempos de formación.

# ITALIA

Contiene el siguiente estudio las reflexiones del Grupo sobre los fundamentos teológicos de la formación y algunas notas sobre la ascética de los Consejos Evangélicos vividos por un laico consagrado.

***Itinerario formativo para los miembros de los Institutos Seculares.***

Comienza haciendo una advertencia sobre la dificultad de encontrar una solución única a los problemas de la formación, dada la variedad de los Institutos, los distintos contextos y la, todavía incipiente, elaboración teológica de esta forma de vida.

El itinerario de la formación se considera bajo dos dimensiones:

Bíblica y existencial, en el sentido de una singular participación en el amor nupcial del Verbo Encamado. En virtud de esta participación el laico consagrado debe permanecer en una disponibilidad integral al servicio de Cristo y de su Reino. Debe, así mismo, vivir intensamente el misterio de la Iglesia como único medio de encontrar al Cristo total.

Habla el trabajo a continuación de la ***oración y*** su ejercicio. Después de estimarla indispensable para los miembros de los Institutos Seculares, alude a tiempos y formas de oración.

Trata de las ***Bienaventuranzas*** como las grandes líneas de la perfección cristiana y de los Consejos Evangélicos en cuanto imitación radical de la forma concreta de la existencia temporal de Cristo. Estudia desde una triple dimensión: teológica, eclesial y escatológica los Consejos. Glosa a continuación la teología de cada uno de ellos.

En relación con la ***castidad*** estudia la madurez de la persona y señala la necesidad de una adecuada formación en el sentido de lograr de cada miembro aquel «hermano universal» con una acabada personalidad psicológica y una fecunda vida de gracia.

Estudia después algunas expresiones más importantes de la castidad plenamente vivida y advierte de los peligros que en esta faceta personal pueden presentarse al laico consagrado.

La ***obediencia*** es estudiada desde la inserción en el misterio obediencial de Cristo y se matiza para el laico consagrado por la propia integración en el mundo, con la asunción de la responsabilidad personal en la armonía con los vínculos que le ligan al Instituto.

La obediencia auténtica de un laico consagrado se inscribe en la misma realidad en la que vive, a través de:

- las situaciones ordinarias de la vida, a menudo condicionantes;
- la participación en el misterio de la Iglesia;
- la participación en la vida del Instituto.

Acerca de la *pobreza* hace unas afirmaciones sobre su sentido evangélico.

Destaca que no hay pobreza afectiva sin desprendimiento efectivo; es preciso traer a la actualidad el concepto de «pobre» del que habla Jesús. El sentido de pobreza está estrechamente vinculado al esfuerzo por conceder a la persona su propia dignidad. Hace, por último, algunas especificaciones sobre lo necesario y lo superfluo, valoración de los bienes, saber condividir, construir con los hermanos y la expresión evangélica «vende lo que tienes y sígueme».

II

# PUNTOS COMUNES QUE EMERGEN DE LOS TRABAJOS

Como es fácil deducir de la exposición hecha anteriormente, la generalidad de los trabajos presentados concede singular importancia al estudio y conocimiento de los «signos de los tiempos» en cuanto condicionamientos del vivir en el mundo del laico consagrado y por tanto indispensable en la base de nuestra tarea formativa desde distintos ángulos:

- en orden a comprender al futuro miembro impregnado de los valores y contravalores del ambiente en que vive;

- en orden también al acercamiento eficaz del Evangelio al miembro con sus peculiaridades.

Así mismo estos signos de los tiempos han de tenerse en cuenta necesariamente en los contenidos, medios y métodos e incluso a lo largo de toda la vida del miembro en cuanto sujeto «siempre en formación».

No menos general ha sido la preocupación de los Institutos por la formación humana de los miembros, base de cualquier otra formación y enfocada a conseguir una madurez psicológica progresiva integradora de los componentes de la persona. Preocupa la formación de miembros adultos en Cristo, capaces de asumir la opción que encierra la Consagración Secular. Se trazan como líneas de la madurez nunca alcanzada plenamente:

- la formación de la afectividad;

- la madurez de juicio;

- la capacidad de libertad y autonomía, etc.

Ningún trabajo de cuantos tratan de abarcar la panorámica total de la formación omite la teología de los Consejos Evangélicos y la formación en los mismos.

No falta el entronque de los Consejos Evangélicos en las Bienaventuranzas; programa por excelencia de la vida cristiana

Es unánime la consideración de las etapas de formación. Se admiten dos períodos fundamentales: inicial y permanente. El primero suele oscilar entre 2-4 años conforme al estilo de cada Instituto y a la madurez de los miembros. El segundo abarca toda la vida. Es de destacar la importancia que se concede al progresivo perfeccionamiento de los miembros en su identidad vocacional, conforme a la naturaleza humana y al devenir de los tiempos.

También coinciden los trabajos en estudiar métodos y medios que, por otra parte, ofrecen una gran similitud. Considerada la persona en las dos vertientes fundamentales de su comportamiento: individualidad y socialización, engloban los medios empleados.

Un aspecto de la formación que tratado con bastante relieve se halla presente en todos los trabajos es el espiritual, teniendo como contenidos fundamentales los sacramentos y la plegaria. Se pone de manifiesto que sin esta dimensión no es posible llevar a cabo la misión que corresponde a un miembro de un Instituto Secular. Se atiende con más amplitud al espíritu de oración y en varios casos a la formación en el mismo.

Otro de los contenidos de la formación es el relativo al «*sentiré cum ecclesia*» estudiado desde distintos ángulos de visión. Se evidencia la triple preocupación:

- formar en el amor a la Iglesia;
- en el conocimiento de su misterio;
- en el ser y vivir en comunión con ella en la construcción del Reino.

Finalmente todos los Institutos contemplan la persona en formación como miembro de una determinada comunidad o familia; de donde hacen derivaciones prácticas en lo referente al contenido y características de la formación. En la particular donación de gracia que constituye el carisma se encuentra la razón de ser de las distintas entidades que representan los Institutos en la Iglesia.

Formar en un sano e indispensable pluralismo, dentro de la comunidad eclesial y al tiempo en lo específico, es un problema que no pueden soslayar los Institutos y que queda patente en los trabajos presentados, como lo es también lograr la armonía del carisma personal con el propio del Instituto.

III

# APORTACIONES ORIGINALES

Se han recibido en esta sección estudios monográficos que abordan temas de interés no tratados con la misma amplitud u omitidos en el conjunto de los otros trabajos.

Tales son:

1. El caso de «la identidad del laico consagrado», bajo la perspectiva de la encamación del que hemos ofrecido una síntesis anteriormente.

2. «Nuestra comunión con la Iglesia y cómo formar en ella»; si bien contempla aspectos abordados en las síntesis precedentes, ofrece la novedad de derivar todos los aspectos de la formación del entronque del Instituto en la Iglesia.

## Cuestiones no abordadas o que surgen como interrogantes a partir de los trabajos

- De la dimensión mañana que debe tener todo miembro de un Instituto Secular y cómo formar en ella: apenas se hace alguna alusión esporádica.

- Si bien, como exponemos en el apartado II -puntos comunes- no están ausentes, de la mayor parte de los trabajos que intentan ser exhaustivos, los Consejos Evangélicos, no se aborda cuanto sería de desear el modo práctico de formar en ellos como actitudes de vida evangélica, con la especificidad de nuestra Consagración Secular.

- Dado el relieve que se concede a los llamados «signos de los tiempos» y la notable preocupación por formar al miembro en su verdadera identidad, emerge una cuestión que creemos no desarrollada suficientemente: cómo formar prácticamente al laico consagrado para que verdaderamente se encuentre con los hombres de su tiempo.

- Por lo que se refiere a métodos y medios de formación, los estudios examinados podrían haber sido más enriquecedores comunicando resultados concretos de experiencias realizadas. Con ello, además de fundamentar la teoría en la práctica, habrían iluminado nuevos senderos para avanzar hacia los objetivos que nos son comunes.

- La cuestión de la oración presente en varios trabajos, al abordar la vida espiritual, necesita una profundización oportunamente ofrecida a esta Asamblea General, bajo ese tratamiento que la vincula a las dos líneas de estudio que nos han ocupado: «La oración, expresión de la consagración secular, fuente de la misión y clave de la formación».

MARÍA TERESA CUESTA

# INDICE

## Contenido

PRÓLOGO ..... 3
PALABRAS INTRODUCTORIAS DEL CARDENAL EDUARDO PIRONIO ..... 4
LA ORACIÓN COMO EXPRESIÓN DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR ..... 15
«LA ORACIÓN COMO EXPRESIÓN DE LA CONSAGRACIÓN SECULAR, MANANTIAL DE LA MISIÓN Y CLAVE DE LA FORMACIÓN» ..... 16
1. La oración como expresión de la consagración secular ..... 16
2. Manantial de la misión ..... 20
3. Clave de la formación ..... 23
MESA REDONDA ..... 27
LA ORACIÓN EN UN INSTITUTO SECULAR BENEDICTINO ..... 28
ORACIÓN EN «SITUACIÓN» ..... 31
LA ORACIÓN EN RELACIÓN CON LA VIDA ..... 35
a) Experiencias sobre la oración ..... 35
b) Importancia de la formación a la oración ..... 36
c) Dificultades que se presentan para la oración ..... 36
d) Conclusiones ..... 37
ORACIÓN Y TRABAJO ..... 39
LA ORACIÓN DE LOS SACERDOTES ..... 41
LA ORACIÓN EN EL JAPÓN DE HOY ..... 44
I. Atmósfera concreta del Japón en 1976 ..... 44
II. Formación a la oración en el Japón ..... 47
ORACIÓN Y VIDA ..... 50
SÍNTESIS DE LOS TRABAJOS DE ESTUDIOS ..... 51
EL CONTENIDO DE LOS INTERCAMBIOS ..... 52
Oración y consagración secular ..... 52
Oración y misión ..... 54
Oración y formación ..... 55
INTENTO DE CONCLUSIÓN ..... 57
AUDIENCIA CON EL PAPA PABLO VI ..... 61
SALUDO AL SANTO PADRE ..... 62
MENSAJE DEL PAPA PABLO VI ..... 64
UNA PRESENCIA VIVA AL SERVICIO DEL MUNDO Y DE LA IGLESIA ..... 64

ESTUDIOS DE LOS GRUPOS DE TRABAJO ..... 67
CONSAGRACIÓN SECULAR Y MISIÓN ..... 68
RESUMEN DE LOS ESTUDIOS ..... 69
A - Los documentos ..... 69
B - La vida ..... 70
PUNTOS DE REFLEXIÓN ..... 73
1. Consagración secular. ..... 74
2. Unidad y pluralismo ..... 75
3 Misión general y particular ..... 75
4. Papel de suplencia - papel de presencia en el mundo ..... 76
LA FORMACIÓN ..... 78
Introducción ..... 78
INFORME-SÍNTESIS DE CADA UNO DE LOS ESTUDIOS EFECTUADOS ..... 80
GRUPO DE LENGUA FRANCESA (I) ..... 80
Medios de formación ..... 81
Etapas de formación ..... 81
Conclusión ..... 82
GRUPO DE LENGUA FRANCESA (II) ..... 83
I La identidad del laico consagrado ..... 83
II. Unidad y pluralismo ..... 84
III. Nuestra comunión con la Iglesia y cómo formar en ella ..... 85
IV. Algunas indicaciones sobre la oración y la formación en ella ..... 87
GRUPO DE LENGUA FRANCESA (III) ..... 88
COLOMBIA ..... 91
CONFERENCIA ESPAÑOLA (CEDIS) ..... 93
ALEMANIA ..... 95
ITALIA ..... 97
PUNTOS COMUNES QUE EMERGEN DE LOS TRABAJOS ..... 99
APORTACIONES ORIGINALES ..... 101
Cuestiones no abordadas o que surgen como interrogantes a partir de los trabajos ..... 101

La «Oración Secular» es el segundo volumen de la colección Congresos-Mundiales que CEDIS pone al servicio de los Institutos Seculares y de todas las personas interesadas de habla castellana.

Oración y Acción; Oración y Vida; Oración y Trabajo; Oración y Evangelización. Oración encarnada, oración sufrida. Temas siempre de actualidad, densos y enriquecedores para quienes vivieron estas jornadas y para quienes participen leyendo estas páginas. Son experiencias de vida fruto de una búsqueda continua y activa de la voluntad de Dios, y su incidencia en todo lo humano.

*Los Institutos Seculares son Institutos de vida Consagrada formados por personas que quieren comprometer radicalmente su vida en el seguimiento de Jesucristo, viviendo su entrega a Dios y a los hombres en el mundo, como lugar propio, siendo levadura que fermenta y transforma las realidades temporales.*

*Todos los Institutos tienen autonomía propia, sin embargo, con sentido de comunión y participación, de ayuda y estímulo se confederan a nivel Nacional y Mundial.*
*CEDIS: Conferencia Española de Institutos Seculares*
*CMIS: Conferencia Mundial de Institutos Seculares*

9 788470 504426

**Colección:**

**CONGRESOS MUNDIALES INSTITUTOS SECULARES**